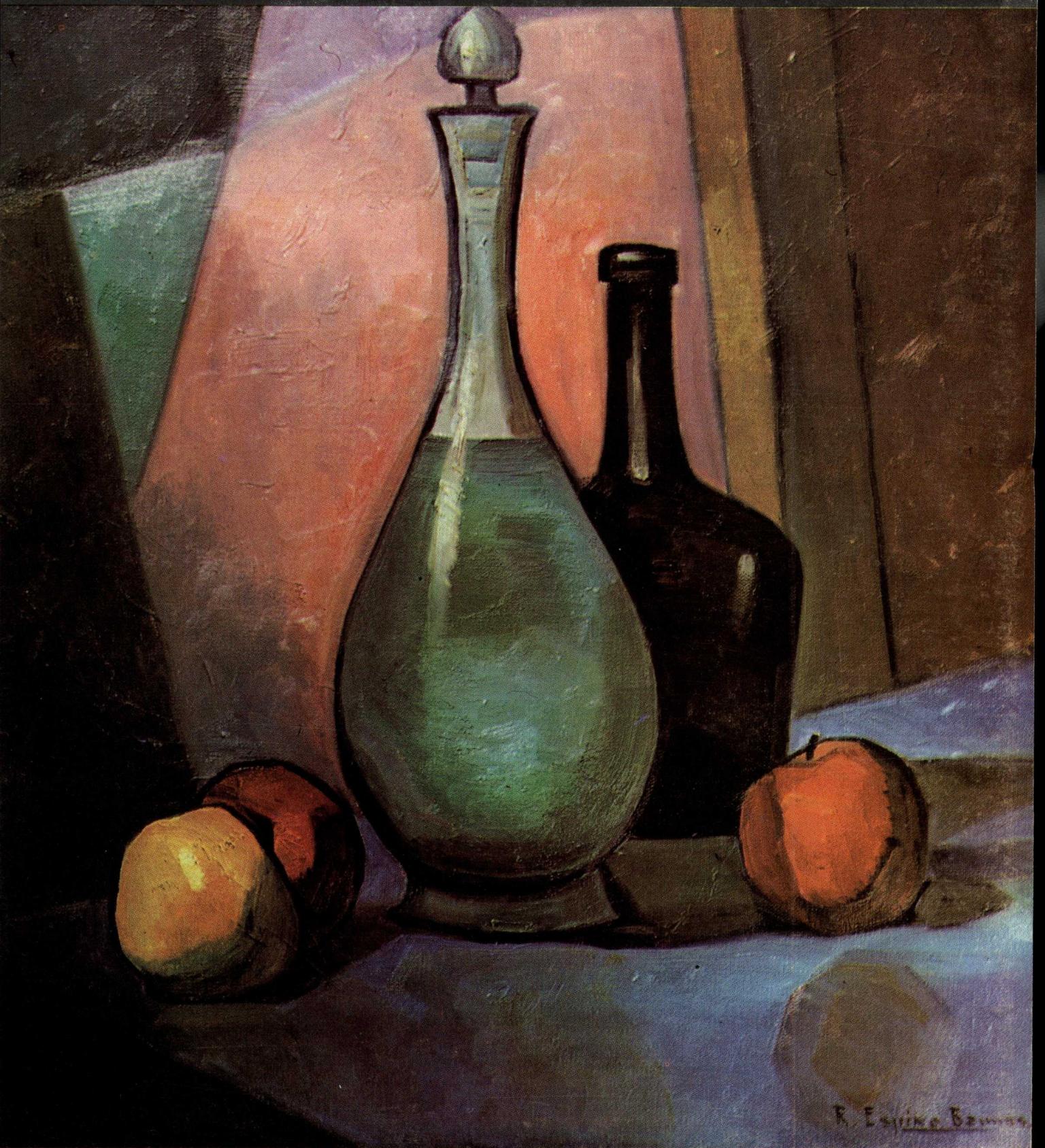
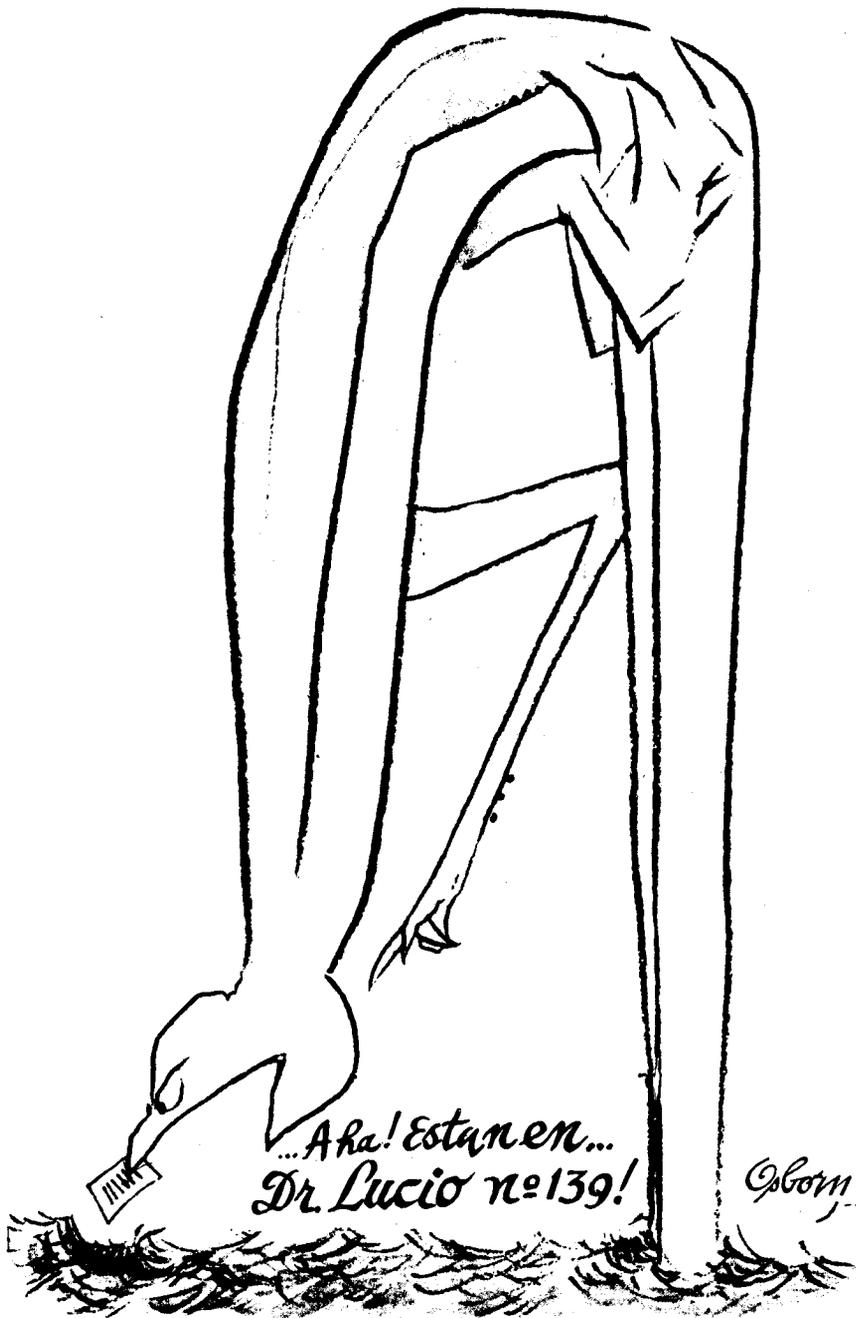
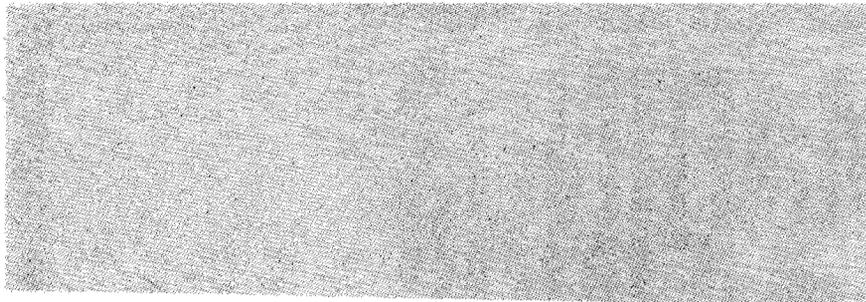


NORTE

TERCERA EPOCA - REVISTA HISPANO-AMERICANA - No. 236 - \$5.00



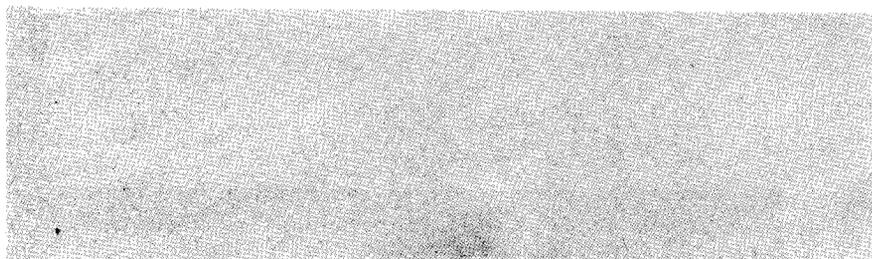


En Offset

Revistas - Displays - Catálogos - Folletos -
Facturas y Toda clase de Papelería

IMPRESOS REFORMA, S. A.

78-67-48



Publicación bimestral del Frente de Afirmación Hispanista, A. C. Lago Ginebra No. 47 C, México 17 D. F. Tel.: 45-37-17. Registrada como correspondencia de 2a. clase en la Administración de Correos No. 1 de México, D. F., el día 14 de junio de 1963.

Fundador: Alfonso Camín Meana.

MIEMBRO DE LA CÁMARA NACIONAL DE LA INDUSTRIA EDITORIAL.

DIRECTOR

Fredo Arias de la Canal. L. A. E.

GERENTE

Ricardo Arrijoja Cortés

ASESOR CULTURAL

Leopoldo de Samaniego

COORDINACION

Daniel García Caballero

JEFE DE REDACCION

Jorge Silva Izazaga

DISEÑO GRAFICO

Ernesto Lehfeld Miller

SECCION POETICA

Juan Cervera

PUBLICIDAD

PRENSA

COLABORADORES: Victor Maicas, José Maqueda Alcaide, Emilio Marín Pérez, Miguel Malo Zozaya, Albino Suárez, Braulio Sánchez Saez, Joaquim Montezuma de Carvalho, Claudio Borja, Diego León de Masapolo, Jerónimo Galipienzo, Manuel T. de Samaniego, Berenice Garmendia, René Rebetez, Juan López.

FOTOGRAFIA: Angel Garmendia Alanís.

El contenido de cada artículo publicado en esta revista, es de la exclusiva responsabilidad de su firmante.

Impresa y encuadernada en los talleres de IMPRESOS REFORMA, S. A., Dr. Lucio 139, Tel. 78-67-48 México 7, D. F.

NORTE

TERCERA EPOCA REVISTA HISPANO-AMERICANA NUM. 236

Sumario

CARTAS DE LA COMUNIDAD	7
EDITORIAL	9
ARBOL GENEALOGICO DE HIDALGO Y MORELOS	10
COINCIDENCIAS EN TORNO A BORGES, ORTEGA Y CERVANTES Reflexiones del Director	12
LA IDEA DE LAS GENERACIONES. Retórica Orteguista	14
DISERTACIONES	17
LA LIBERTAD Y EL INDIVIDUO	18
SOBRE HERNAN CORTES	20
CANTO III	22
LOS LIBROS	23
ENAMORADOS DE LO CHICO	24
SANTA ANNA EN LA HABANA	25
HORACIO QUIROGA Y LOS CUENTOS DE LA SELVA Luis R. Furlán	28
CHARLA CON RAMON ESPINO BARROS	32
EL TORO IBERICO EN LA ESCULTURA DE MALDONADO Jorge R. Garbarino	38
EL GAUCHO MARTIN FIERRO	40
GAUCHO	45
EL MUSEO MUSICAL DE MADRID	46
EL MENSAJE DE DON QUIJOTE DE LA MANCHA	52
Montezuma de Carvalho	58
SIETE PARADOJAS EN EL HAMLET DE SHAKESPEARE Edmund Bergler	65
LOS POEMAS DE AMELIA SAIEG	66
EN EL CENTENARIO DE AMADO NERVO	70
MONUMENTO AL MAR	72
LOS CONTEMPORANEOS	75
BREVE ANTOLOGIA DE LA POESIA AMOROSA DE LOS CLA- SICOS	76
LOS CLASICOS	76
ENAMORADO	78
Claudio Borja	78

Precio del ejemplar en la
República Mexicana: \$ 5.00

Suscripción anual para
el extranjero: 5 Dlls.

DE LA COMUNIDAD CARTAS DE LA CO MUNIDAD CA RTAS DE LA COMUNIDAD CARTAS DE I

De Oruro, Bolivia.

Anteponiendo a estas líneas las expresiones de mi más atento saludo y a tiempo de testimoniar a su Dirección los mejores conceptos de encomio y elevación para su importante revista, me tomo la libertad de solicitarle tenga la bondad de considerarme un interesado más en ampliar el número de lectores de su importante y cultísima revista en mi país.

Conociendo la gran profundidad de materias y temas que con gran acierto y autoridad se enfocan en su revista, tengo la esperanza de ser favorecido con sus amables envíos a título de canje ya que será para nosotros muy placentero hacerle llegar nuestras publicaciones.

JORGE BARRON FERAUDI
Secretario General del Rectorado
UNIVERSIDAD TECNICA DE URURO

De Valencia
España.

Separo el folleto "La Filosofía Dinámica de Cervantes a Ortega", del que usted es autor. Lo he leído con gusto y atención, pues, al igual que usted, también yo soy admirador de ambos, que si don Miguel es cumbre, Ortega es maestro en el pensar y el decir. Sinceramente le expreso mi enhorabuena por su bien meditado trabajo en el que se entrecruzan Cervantes y Ortega y donde se trasluce la admiración que siente usted por los dos ingenios que, aunque españoles, pertenecen a la Humanidad toda.

¿Qué decir del número de NORTE que acabo de recibir? Si había impaciencia en mí por recibirlo ello significa cuán grande es mi interés por gozar de la lectura de sus colaboraciones, ya que es una Revista de alto prestigio intelectual a la que me honro en pertenecer.

He leído con emocionado temblor en las entretelas del corazón el patético artículo del escritor Joaquín de Montezuma de Carvalho. ¡Cómo siento la memoria de don Antonio Machado en lo más profundo del alma! ¡Cuánto dolor para todo espíritu sensible! ¡Cuánta bondad había en aquel hombre bueno y generoso! ¡Cuánta tristeza en su vida! Machado "vive" en nosotros, no le olvidamos porque su estatura moral, la gran lección de su vida, brilla bajo la esplendorosa luz del sol. Yo siento honda devoción a su inmortal memoria.

VICTOR MAICAS

NORTE/7

TRES GRANDES MEXICANOS

Es ya difícil de creer que dos primos hermanos, Cortés y Pizarro, hayan sido los fundadores de los dos reinos más vastos de América. Ambos extremeños, "mañosos, altivos, amadores de honras", y por así decirlo, engendros de una raza hercúlea que guerreó ininterrumpidamente al moro durante ocho siglos.

También increíble, pero cierto, es que casi trescientos años después de la Conquista, dos descendientes de Diego Ruiz de Cortés, deudo de don Hernando, inician la epopeya de la Independencia mexicana, que no ven consumada más que a través de su intuición y de su fe.

Qué paradójico es que tres miembros de la misma familia, y en diferentes épocas, alcancen el pináculo de la gloria nacional. Hernán Cortés al fundar la República. Hidalgo y Morelos, al iniciar el primero y continuar el segundo, la gesta de Independencia.

En todos nuestros actos de trascendencia histórica debemos de recordar el ejemplo de estos tres insignes, graves, intrépidos y heroicos varones, quienes ofrendaron su ingenio, pasión, valor y vida entera a la más noble de las causas: **La forja de nuestra nacionalidad.**

El Director

FORO DE NORTE

Arbol genealógico de Hidalgo y Morelos

NOTA: Fue Diego Ruiz de Cortés, natural de la ciudad de Almendralejo situada en la Provincia de Extremadura, deudo del Conquistador D. Hernando Cortés, uno de los primeros pobladores de Valladolid y padre de una gran familia. Entre sus descendientes distinguidos podemos citar, además de los arriba nombrados a D. Manuel Ruiz de Chávez, Párroco de Villa Morelos, quien tomó parte activa en las primeras Conspiraciones de Valladolid, al Lic. Pascual Ortiz de Ayala, Gobernador de Michoacán y a su hijo el Ingeniero D. Pascual Ortiz Rubio, gobernador de Mich, y Presidente de la República Mexicana, a los Srs. Obispos D. J. de Jesús Ortiz y Rodríguez, primer obispo de Chihuahua y arzobispo de Guadalajara, a D. Manuel Pérez-Gil González, primer Obispo de Mexicali.

Hay que tener en cuenta la costumbre de la época, en que hermanos de padre y madre, tomaban apellidos diferentes de sus padres y abuelos, razón por la que pongo, después de citar el apellido correspondiente, el que usaron durante su vida.

El árbol genealógico, que corresponde al Padre Hidalgo, lo tomé en su mayor parte del publicado por el Lic. Dávila Garibi, presidente de la Academia de Genealogía y el del P. Morelos, es fruto de investigación personal en los Archivos de la Propiedad y Eclesiástica de esta ciudad.

Gabriel Ibarrola Arriaga
Familias y casas
de la vieja
Valladolid

Diego Ruiz
Nat. de Almodralejo, Castilla.

Beatriz de Cortés
Nat. de Almodralejo, Castilla.

Diego Ruiz de Cortés
Nat. de Almodralejo, Castilla.

Elena Hernández Rangel
Nat. de Valladolid, Mich.

Diego Ruiz Hernández
Nat. de Valladolid.

Leonor de Chávez y
Corona de Villaseñor

Juan Ruiz de Chávez
(c.p. Ortiz Cortés)

Ana de Sandoval

Naturales de Valladolid, Mich.

Juan de Villalón y Quijada
Nat. de Castilla.

Felipe Ruiz de Sandoval
(c.p. Cortés Sandoval)

Jerónima Enríquez de
Silva Carbajal

Nicolás Núñez de Soto o
de Ochoa Garibay
Nat. de Zamora, Mich.

María de Villalón
(c.p. Sandoval)
Nat. de Zindurio Mich.

Juan Miguel de Villaseñor
Lomell

Elena Ruiz de Chávez (c.p.
Cortés y Enríquez de Silva)

Diego Manuel Morelos
Vecino de Acámbaro, Gto.

Juana Núñez de Villalón
(c.p. Sandoval)
Nat. de Zindurio, Mich.

Juan Gallaga Mandarte y
Mora

Joaquina de Villaseñor
Cortés

Domingo Jerónimo Morelos
Nat. de Zindurio.

Luisa de Robles
Nat. de Pátzcuaro, Mich.

Cristóbal Hidalgo y
Costilla

Ana María Gallaga y
Villaseñor

Manuel Morelos
Nat. de Zindurio.

Juana Pérez Pabón y Estrada
Nat. de Querétaro, Qro.

FORO DE NORTE

Coincidencias
en
torno a
Borges,
Ortega
y
Cervantes

reflexiones
del
director

Al finalizar el año pasado hizo Bórges unas declaraciones a la prensa, que crearon un escándalo mayúsculo por la sinceridad y crudeza con que las expuso a una sociedad que, según sus palabras, "... ha llegado a una buena etapa, la etapa de la mentira y de la hipocresía, y esto ya es algo". Si bien es cierto que algunos de los conceptos que esgrime abundan sobre los de Ortega y los de Cervantes.

Nos dice Bórges: "... estoy muy agradecido a las guerras mundiales. Sí soy belicista. (...) Y creo que los pacifistas no son lógicos. (...) Creo que le debemos mucho a las violencias pasadas".

Ortega, en el prólogo a la segunda edición de *ESPAÑA INVERTEBRADA*, nos dice: "Por una caprichosa decisión de las mentes, se ha dado en pensar que las guerras son un hecho anómalo en la biología humana, siendo así que la historia lo presenta en todas sus páginas como cosa no menos normal, acaso más normal que la paz".

Dice Cervantes por boca de don Quijote: "... mas el trabajo, la inquietud y las armas sólo se inventaron e hicieron para aquellos que el mundo llama caballeros andantes".

Señala Bórges que: "... matar o ser matado, no es mucho más horrible que envejecer, que sufrir, que morir en la cama, que el aburrimiento. Si hay un destino que no deseo es el no correr ningún peligro. Lo peor para mí sería ser rico y ocioso".

Ortega nos dice en la *REBELION DE LAS MASAS* que "... la vida individual o colectiva, personal o histórica, es la única entidad del universo cuya sustancia es PELIGRO. Se compone de peripecias. Es, rigurosamente hablando, drama". Y asevera que "la auténtica plenitud vital no consiste en la satisfacción, en el logro, en la arribada".

Don Quijote frisaba ya en los cincuenta cuando decide huir de las aburridas costumbres de Argamasilla. Sí, se estaba volviendo viejo, y en corto lapso tenía que ponerse "... en ocasiones y peligros donde acabándolos cobrase eterno nombre y fama". No, no quería morir en la cama, al contrario, "caballero andante he de morir", ni tampoco quiso llevar la vida sosegada a que le invitaba su posición social, sino que fiel, siguió su vocación de caballero andante.

Reflexiona Bórges: "Creo que vale más dirigir a las masas que informarlas. Creo que este país (Argentina) iba mejor cuando estaba gobernado por un pequeño grupo de personas, (...) que convertían poco a poco al país en un gran país. Yo no sé si las masas son capaces de tener ideas políticas, ni siquiera idea alguna".

En *LA REBELION DE LAS MASAS* dice Ortega: "En una buena ordenación de las cosas públicas, la masa es la que no actúa por sí misma. Tal es su misión, ha venido al mundo para ser dirigida, influida, representada, organizada. (...) Pero no ha venido al mundo para hacer todo eso por sí. Necesita referir su vida a la instancia superior; constituida por las minorías excelentes".

¿Es que alguien puede pensar lo que hubiera sido el libro de Cervantes, si Sancho-Masa no le hubiera sido fiel a su excelente señor don Quijote?

"... está, ¡oh hijo!, atento a éste tu Catón; que quiere aconsejarte y ser norte y guía que te encamine y saque a seguro puerto..."

Apunta Bórges: "Creo que hay demasiada información hoy. Creo que se estaba mejor en la Edad Media, cuando había pocos libros y se leía. Mientras que ahora todo mundo se dedica al estudio de la historia, pero de la historia contemporánea. (...) ... es como si se leyera los últimos capítulos de una información".

Nos convence Ortega de que el hombre contemporáneo se ha vuelto un especialista que "sabe muy bien su pequeño rincón del universo; pero ignora de raíz todo el resto". Y entre sus costumbres está la de estudiar la historia por los periódicos, ya que su diaria actividad lo ha hecho ir "... constriñéndose, reclusándose, en un campo de ocupación intelectual cada vez más estrecho". Así que "... la ciencia misma —raíz de la civilización— lo convierte automáticamente en hombre-masá, es decir, hace de él un primitivo, un bárbaro moderno".

Qué acaso a don Quijote no se le avivó el magín, leyendo los libros que le despertaron su vocación de caballero andante, para irse con sus armas y caballo a enderezar tuertos y otros menesteres. En verdad, pudo desarrollársele la imaginación al manchego gracias a su asidua lectura, y no precisamente a los chismes de Argamasilla y sus alrededores.

Se pregunta Bórges: ¿Qué no se debe mantener a las masas en el oscurantismo (político)? ¿Y por qué no...? Si la mayoría de la gente ignora la filosofía, la literatura, la pintura, la música —yo conozco un poco de literatura—, pero soy un ignorante en el resto, ¿por qué?, ¿por qué entenderán las masas la materia política, que es quizás más difícil?

Ortega nos dice que "una raza es superior a otra cuando consigue poseer mayor número de individuos egregios". "Son los hombres selectos, los nobles, los únicos activos, y no sólo reactivos, para quien vivir es una perpetua tensión, un incesante entrenamiento", los que se han desvelado por fundar la organización social y científica que como herencia ahora disfrutamos. "Una nación es una masa humana organizada, estructurada por una minoría de individuos selectos". Así cuando en una nación la masa se niega a ser masa —esto es, a seguir a la minoría directora— la nación se deshace, la sociedad se desmembra, y sobreviene el caos social, la invertebración histórica".

COLOFON: Bórges es un hombre hispánico ejemplar, que sabe conjugar el pasado histórico con el presente, y que ha ahondado en las raíces de nuestra cultura para encontrarse a sí mismo, habiendo sabido elevarse a un plano universal desde el cual proyecta su intelecto al mundo iberoamericano.

FORO DE NORTE

La idea de las generaciones

Lo que más importa a un sistema científico es que sea verdadero. Pero la exposición de un sistema científico impone a éste una nueva necesidad: además de ser verdadero es preciso que sea comprendido. No me refiero ahora a las dificultades que el pensamiento abstracto, sobre todo si innova, opone a la mente, sino a la comprensión de su tendencia profunda, de su intención ideológica, pudiera decirse, de su fisonomía.

Nuestro pensamiento pretende ser verdadero, esto es, reflejar con docilidad lo que las cosas son. Pero sería utópico y, por lo tanto falso, suponer que, para lograr su pretensión, el pensamiento se rige exclusivamente por las cosas, atendiendo sólo a su contextura. Si el filósofo se encontrase sólo ante los objetos, la filosofía sería siempre una filosofía primitiva. Mas, junto a las cosas, halla el investigador los pensamientos de los demás, todo el pasado de meditaciones humanas, senderos innumerables de exploraciones previas, huellas de rutas ensayadas al través de la eterna selva problemática, que conserva su virginidad no obstante su reiterada violación.

Todo ensayo filosófico atiende, pues, dos instancias: lo que las cosas son y lo que se ha pensado sobre ellas. Esta colaboración de las meditaciones precedentes le sirve, cuando menos, para evitar todo error ya cometido y da a la sucesión de los sistemas un carácter progresivo.

Ahora bien: el pensamiento de una época puede adoptar ante lo que ha sido pensado en otras épocas dos actitudes contrapuestas —especialmente respecto

retórica
orteguista

al pasado inmediato, que es siempre el más eficiente y lleva en sí infartado, encapsulado, todo el pretérito. Hay, en efecto, épocas en las cuales el pensamiento se considera a sí mismo como desarrollo de ideas germinadas anteriormente, y épocas que sienten el inmediato pasado como algo que es urgente reformar desde su raíz. Aquéllas son épocas de filosofía pacífica; éstas son épocas de filosofía beligerante que aspira a destruir el pasado mediante su radical superación. Nuestra época es de este último tipo, si se entiende por «nuestra época» no la que acaba ahora, sino la que ahora empieza.

Cuando el pensamiento se ve forzado a adoptar una actitud beligerante contra el pasado inmediato, la colectividad intelectual queda escindida en dos grupos. De un lado, la gran masa mayoritaria de los que insisten en la ideología establecida; de otro, una escasa minoría de corazones de vanguardia, de almas alerta que vislumbran a lo lejos zonas de piel aún intacta. Esta minoría vive condenada a no ser bien entendida: los gestos que en ella provoca la visión de los nuevos paisajes no pueden ser rectamente interpretados por la masa de retaguardia que avanza a su zaga y aún no ha llegado a la altitud desde la cual la **terra incognita** se otea. De aquí que la minoría de avanzada viva en una situación de peligro entre el nuevo territorio que ha de conquistar y el vulgo retardatario que hostiliza a su espalda. Mientras edifica lo nuevo, tiene que defenderse de lo viejo, manejando a un tiempo, como los reconstructores de Jerusalén, la azada y el asta.

Esta discrepancia es más honda y esencial de lo que suele creerse. Trataré de aclarar en qué sentido.

Por medio de la historia intentamos la comprensión de las variaciones que sobrevienen en el espíritu humano. Para ello necesitamos primero advertir que esas variaciones no son de un mismo rango. Ciertos fenómenos históricos dependen de otros más profundos, que, por su parte, son independientes de aquéllos. La idea de que todo influye en todo, de que todo depende de todo, es una vaga ponderación mística que debe repugnar a quien desee resueltamente ver claro. **No; el cuerpo de la realidad histórica posee una anatomía perfectamente jerarquizada, un orden de subordinación, de dependencia entre las diversas clases de hechos.** Así, las transformaciones de orden industrial o político son poco profundas: dependen de las ideas, de las preferencias morales y estéticas que tengan los contemporáneos. Pero, a su vez, ideología, gusto y moralidad no son más que consecuencias y especificaciones de la sensación radical ante la vida, de cómo se sienta la existencia en su integridad indiferenciada.

Esta que llamaremos «sensibilidad vital» es el fenómeno primario en historia y lo primero que habríamos de definir para comprender una época.

Sin embargo, cuando la variación de la sensibilidad se produce sólo en algún individuo, no tiene trascendencia histórica. Han solido disputar sobre el área de la filosofía de la historia dos tendencias que, a mi juicio, y sin que yo pretenda ahora desarrollar la cues-

tién, son parejamente erróneas. **Ha habido una interpretación colectivista y otra individualista de la realidad histórica.** Para aquélla, el proceso sustantivo de la historia es obra de las muchedumbres difusas; para ésta, los agentes históricos son exclusivamente los individuos. El carácter activo, creador de la personalidad es, en efecto, demasiado evidente para que pueda aceptarse la imagen colectivista de la historia. Las masas humanas son receptivas: se limitan a oponer su favor o su resistencia a los hombres de vida personal e iniciadora. Mas, por otra parte, el individuo señero es una abstracción. Vida histórica es convivencia. La vida de la individualidad egregia consiste, precisamente, en una actuación omnimoda sobre la masa. No cabe, pues, separar los «héroes» de las masas. Se trata de una dualidad esencial al proceso histórico. La humanidad, en todos los estadios de su evolución, ha sido siempre una estructura funcional en que los hombres más enérgicos —cualquiera que sea la forma de esta energía— han operado sobre las masas dándoles una determinada configuración. **Esto implica cierta comunidad básica entre los individuos superiores y la muchedumbre vulgar.** Un individuo absolutamente heterogéneo a la masa no produciría sobre ésta efecto alguno: su obra resbalaría sobre el cuerpo social de la época sin suscitar en él la menor reacción, por tanto, sin insertarse en el proceso general histórico. **En varia medida, ha acontecido esto no pocas veces, y la historia debe anotar al margen de su texto principal la biografía de esos hombres «extravagantes».** Como todas las demás disciplinas biológicas, tiene la historia un departamento destinado a los monstruos, una teratología.

Las variaciones de la sensibilidad vital que son decisivas en historia se presentan bajo la forma de generación. **Una generación no es un puñado de hombres egregios, ni simplemente una masa: es como un nuevo cuerpo social íntegro, con su minoría selecta y su muchedumbre, que ha sido lanzado sobre el ámbito de la existencia con una trayectoria vital determinada.** La generación, **compromiso dinámico entre masa e individuo, es el concepto más importante de la historia, y, por decirlo así, el gozne sobre que ésta ejecuta sus movimientos.**

Una generación es una variedad humana, en el sentido riguroso que dan a este término los naturalistas. Los miembros de ella vienen al mundo dotados de ciertos caracteres típicos, que les prestan una fisonomía común, diferenciándolos de la generación anterior. Dentro de ese marco de identidad pueden ser los individuos del más diverso temple, hasta el punto de que, habiendo de vivir los unos junto a los otros, a fuer de contemporáneos, se sienten a veces como antagonistas. Pero bajo la más violenta contraposición de los **pro** y los **anti** descubre fácilmente la mirada una común filigrana. Unos y otros son hombres de su tiempo, y por mucho que se diferencien se parecen más todavía. **El reaccionario y el revolucionario del siglo XIX son mucho más afines entre sí que cualquiera de ellos con cualquiera de nosotros.** Y es que, blancos o ne-

gros, pertenecen a una misma especie, y en nosotros, negros o blancos, se inicia otra distinta.

Más importante que los antagonismos del pro y el anti, dentro del ámbito de una generación, es la distancia permanente entre los individuos selectos y los vulgares. Frente a las doctrinas al uso que silencian o niegan esta evidente diferencia de rango histórico entre unos y otros hombres, se sentiría uno justamente incitado a exagerarla. Sin embargo, esas mismas diferencias de talla suponen que se atribuye a los individuos un mismo punto de partida, una línea común sobre la cual se elevan unos más, otros menos, y viene a representar el papel que el nivel del mar en topografía.

Y, en efecto, **cada generación representa una cierta altitud vital**, desde la cual se siente la existencia de una manera determinada. Si tomamos en su conjunto la evolución de un pueblo, cada una de sus generaciones se nos presenta como un momento de su vitalidad, como una pulsación de su potencia histórica. Y cada pulsación tiene una fisonomía peculiar, única; es un latido impermutable en la serie del pulso, como lo es cada nota en el desarrollo de una melodía. Parejamente podemos imaginar a cada generación bajo la especie de un proyectil biológico¹ lanzado al espacio en un instante preciso, con una violencia y una dirección determinadas. De una y otra participan tanto sus elementos más valiosos como los más vulgares.

Mas con todo esto, claro es, no hacemos sino construir figuras o pintar ilustraciones que nos sirven para destacar el hecho verdaderamente positivo donde la idea de generación confirma su realidad. Es ello simplemente que **las generaciones nacen unas de otras**, de suerte que la nueva se encuentra ya con las formas que a la existencia ha dado la anterior. **Para cada generación, vivir es, pues, una faena de dos dimensiones, una de las cuales consiste en recibir lo vivido —ideas, valoraciones, instituciones, etcétera— por la antecedente; la otra, dejar fluir su propia espontaneidad.** Su actitud no puede ser la misma ante lo propio que ante lo recibido. Lo hecho por otros, ejecutado, perfecto en el sentido de concluso, se adelanta hacia nosotros con una unción particular: aparece como consagrado y, puesto que no lo hemos labrado nosotros, tendemos a creer que no ha sido obra de nadie, sino que es la realidad misma. Hay un momento en que las ideas de nuestros maestros no nos parecen opiniones de unos hombres determinados, sino la verdad misma, anónimamente descendida sobre la tierra. En cambio, nuestra sensibilidad espontánea, lo que vamos pensando y sintiendo de nuestro propio peculio, no se nos presenta nunca concluido, completo y rígido como una cosa definitiva, sino que es una fluencia íntima de materia menos resistente. Esta jugosidad y adaptación a nuestro carácter, que tiene siempre lo espontáneo.

El espíritu de cada generación depende de la ecuación que esos dos ingredientes formen, de la actitud que ante cada uno de ellos adopte la mayoría de sus individuos. ¿Se entregará a lo recibido, desoyendo las íntimas voces de lo espontáneo? ¿Será fiel a éstas e

indócil a la autoridad del pasado? **Ha habido generaciones que sintieron una suficiente homogeneidad entre lo recibido y lo propio. Entonces se vive en épocas cumulativas. Otras veces han sentido una profunda heterogeneidad entre ambos elementos, y sobrevinieron épocas eliminatorias y polémicas**, generaciones de combate. En las primeras, los nuevos jóvenes, solidarizados con los viejos, se supeditan a ellos: en la política, en la ciencia, en las artes siguen dirigiendo los ancianos. Son tiempos de viejos. En las segundas, como no se trata de conservar y acumular, sino de arrumbar y sustituir, los viejos quedan barridos por los mozos. Son tiempos de jóvenes, edades de iniciación y beligerancia constructiva.

Este ritmo de épocas de senectud y épocas de juventud es un fenómeno tan patente a lo largo de la historia, que sorprende no hallarlo advertido por todo el mundo. La razón de esta inadvertencia está en que no se ha intentado aún formalmente la instauración de una nueva disciplina científica, que podría llamarse **metahistoria**, la cual sería a las historias concretas lo que es la fisiología a la clínica. Una de las más curiosas investigaciones metahistóricas consistiría en el descubrimiento de los grandes ritmos históricos. Porque hay otros no menos evidentes y fundamentales que el antedicho; por ejemplo, el ritmo sexual. Se insinúa, en efecto, una pendulación en la historia de épocas sometidas al influjo predominante del varón a épocas subyugadas por la influencia femenina. Muchas instituciones, usos, ideas, mitos, hasta ahora inexplicados, se aclaran de manera sorprendente cuando se cae en la cuenta de que ciertas épocas han sido regidas, modeladas, por la supremacía de la mujer. Pero no es ahora ocasión adecuada para internarse en esta cuestión.

¹ Los términos «biología», «biológico», se usan en este libro —cuando no se hace especial salvedad— para designar la ciencia de la vida, entendiéndose por ésta una realidad con respecto a la cual las diferencias entre alma y cuerpo son secundarias.

JOSE ORTEGA Y GASSET

Tomado de EL TEMA DE NUESTRO TIEMPO,
1966 REVISTA DE OCCIDENTE

FORO DE NORTE

disertaciones

Lucas
Alamán
1848

Los que han querido fundar la justicia de la independencia en la injusticia de la conquista, sin pararse á considerar todos los efectos que ésta ha producido, no han echado de ver que de esta manera dejan sin patria á las dos terceras partes de los habitantes actuales de la república, y á ésta sin derechos sobre todos aquellos inmensos territorios que no dependieron del imperio megicano y fueron agregados á la Nueva España por la ocupación bélica que de ellos hicieron los españoles, quedando definidos y reconocidos estos derechos por los tratados que el mismo gobierno español había celebrado con diversas potencias. Tampoco atienden á que de esta manera privan a la actual nacion megicana de su noble y glorioso origen. **Tito Livio** creia que se debía á la antigüedad la licencia de usar de las ficciones de la mitología, **para ennoblecer la fundación de las naciones.** La megicana no necesita de ficción alguna para poder enorgullecerse de su origen. Formada por la mezcla de los conquistadores y de los conquistados, deriva su principio, en cuanto á los primeros, de una nación que en aquella época era la primera de la Europa, cuyas armas eran respetadas por todas las demas naciones, en todo el esplendor de su literatura y de sus artes; y en cuanto á los segundos procede de unos pueblos guerreros, que supieron defender su libertad con heroismo, y que si cayeron por efecto mas de sus propias disensiones que de una fuerza extranjera, esta caída fué honrosa y nada hubo en ella que no los llene de gloria. De este noble principio dimana el que, á diferencia de todos los demas pueblos de América, tengamos una historia nacional llena de interés, que ha sido digno asunto de los mas insignes escritores de Europa y América. Los literatos de los Estados Unidos tienen que buscar las materias que ocupan sus plumas en los países extranjeros; nosotros tenemos en nuestros acontecimientos domésticos ancho campo para la poesía, la historia y para el estudio de las antigüedades, llevando á ellas la luz de la filosofía y de la crítica, y para hacerlo tenemos una de las lenguas más hermosas de todas las modernas, fruto tambien del origen de nuestra nacion. **Esta lengua** nos da derecho á llamar nuestros, todos los escritos inmortales que la han ilustrado, y nos abre una brillante carrera, pues nuestra literatura nacional vendrá á ser una parte muy importante de la española, si la juventud que de ella se ocupa con tan plausible empeño, no se dejare arrastrar por el impulso de una imaginación desarreglada, y se sujetare á seguir los principios del buen gusto, que no son otros que la imitación de la naturaleza y de los grandes modelos de los escritores clásicos. La nación megicana separada de la española, por el efecto natural que el transcurso de los siglos produce en todos los pueblos de la Tierra, como un hijo que en la madurez de la edad sale de la casa paterna para establecer una nueva familia, tiene en sí misma todo cuanto necesita para su gloria, y está en sus manos abrirse una carrera de dicha y prosperidad, perfeccionando todo cuanto se hizo é intentó desde la época de la conquista, que va á ser el objeto de las disertaciones sucesivas.

FORO DE NORTE

la libertad y el individuo

Releamos la definición que da Montesquieu de la libertad: "La libertad es el derecho de hacer todo lo que las leyes permiten; y si un ciudadano pudiese hacer lo que prohíben, no habría ya libertad, porque los demás tendrían también este poder." Para sus tiempos, no era este resultado pequeño. La tiranía consistía en destrozarse la vida de los ciudadanos cumplidores de la ley. Se explica, pues, que estos ciudadanos considerasen como un ideal de libertad que se les permitiese vivir sin trabas dentro de la ley. Pero al formular así este ideal tan modesto de sus contemporáneos, Montesquieu no aporta gran cosa a la definición de la libertad, porque el problema estriba precisamente en determinar cuánta libertad tiene derecho a quitarnos el Estado por medio de la ley. Si entonces definimos la libertad como la facultad de acción que las leyes del Estado nos permiten, nos encerramos en un círculo vicioso. Es evidente que, puesto que el problema que intentamos resolver es político, los materiales para su solución han de buscarse fuera de la política.

El mismo Montesquieu se da cuenta de esta evidencia en el párrafo de su obra que precede al que acabamos de citar: "La libertad política no consiste en hacer lo que se quiere. En un Estado, es decir, en una sociedad en la que hay leyes, la libertad no puede consistir más que en poder hacer lo que se debe hacer, y en no verse obligado a hacer lo que no se debe querer." O, en otros términos, atribuidos a Clemencau: la libertad es el derecho de cumplir con su deber. Ahora bien, o esto es demasiado elíptico, o no quiere decir nada. Porque de lo que se trata es, no tanto de saber si el individuo puede cumplir con su deber como de poner en claro quién es el que va a definir lo que es el deber del individuo, y punto todavía más importante, si el individuo ha de cumplir con su deber espontáneamente o coaccionado, y, finalmente, punto no ya importante, sino esencial, si el individuo ha de cumplir con su deber cuando no quiere.

Es inútil, como suele decirse, andarse por las ramas. En último término, libertad quiere decir el derecho a

Salvador
de Madariaga

faltar a su deber. Recordemos las conclusiones a que ya habíamos llegado: el fin del hombre es hallarse a sí mismo en la experiencia. ¿Qué experiencia es esta que "las leyes", es decir, otros hombres, van a limitar y definir? Nadie puede ir al cielo si no tiene libertad para ir al infierno. Bajo obligación no hay virtud. La libertad mide el área de la responsabilidad humana y, por lo tanto, debe ser tan amplia como sea posible para que sean amplias la responsabilidad y la experiencia. Nuestro primer principio de política práctica será, pues, que la libertad no ha menester justificación; lo que se necesita justificar es toda invasión o restricción de la libertad.

Es evidente que el hombre que falta a su deber habrá de atenerse a sus consecuencias, éticas si faltó en lo moral, legales si faltó en el derecho. Lo que aquí se sostiene no es el derecho del hombre a faltar a su deber y gozar en plena tranquilidad de los beneficios de su mala conducta, sino el **derecho del hombre a que nadie, es decir, ningún otro hombre, le prive de la experiencia de una conducta libremente escogida.** Este primer título a la libertad, en el plano de la experiencia ética, es el más sagrado, aquel que el Estado viene más obligado a respetar. **El Estado no tiene derecho a entrar en el sancta sanctorum de la conciencia individual.**

Las leyes que el Estado habrá de hacer para defender las libertades de los ciudadanos contra las extralimitaciones de la libertad de uno de ellos habrán, pues, de medirse con sumo cuidado, a fin de no destruir con su protección aquellas libertades que se propone defender.

El Estado habrá, pues, de ser parco en legislación sobre costumbres, ética y vida privada. Hay, en efecto, en las acciones humanas toda una gama de matices, desde el puramente individual, ético y privado, hasta el puramente funcional, social y público. El derecho del Estado a intervenir en la conducta aumenta a medida que nuestras acciones van tomando un aspecto más social y funcional; el derecho del individuo a que le dejen en paz aumenta a medida que sus acciones penetran en el ámbito de lo privado. Es imposible trazar exactamente la raya que separa estos dos órdenes de acciones, porque ni hay tal raya, ni hay tal separación. Aquí, como en todo lo que es vital, las cosas cambian gradualmente, los casos son todos complejos y originales, y lo inesperado es normal. Todas estas consideraciones añaden nuevos argumentos para ver en la relación entre libertad y autoridad un equilibrio de tendencias movilizadas más que una oposición de ideas rígidas y antagonistas.

Hay una zona íntima de la vida del hombre, a la que el Estado no puede tener acceso por naturaleza. Todo lo que un hombre piensa y siente sin manifestación externa es su propiedad absoluta y sin restricción. La tiranía es impotente en este terreno. Es, pues, evidente que el problema no se plantea hasta que aparecen las acciones, y así era natural que fuese, puesto que nos estamos ocupando de problemas políticos, y la política es acción. Por lo tanto, cuando el individuo exige su libertad de pensamiento, de lo que se trata no es de su libertad para pensar como y cuando

quiera, cosa que nadie puede negarle a nadie, ni menos quitarle, sino de su derecho de comunicar sus opiniones y del de obrar en armonía con ellas. Estos dos derechos son de la mayor importancia desde el punto de vista del individuo, y también, como lo hemos de ver, desde el punto de vista del Estado. **Es, en efecto, indispensable que la experiencia mental forme parte de la experiencia vital, que para nosotros es el fin esencial del hombre y, por lo tanto, el centro absoluto de toda teoría política; por consiguiente, el intercambio de opiniones, de palabra o por escrito, entre el individuo y sus contemporáneos, es una condición imprescindible de la libertad, que ningún Estado en condiciones normales tiene el derecho de anular.** Y en cuanto al derecho del individuo a obrar en armonía con sus propias convicciones, su importancia es tan evidente, para los fines de la experiencia humana, que definirlo es probarlo.

Cabe aplicar análogos razonamientos a la vida de las emociones y pasiones. El Estado no puede impedir que la vida emotiva de la persona humana siga el curso que le dictan su naturaleza y su destino. Pero al emerger las pasiones en el plano de acción, se plantea, **prima facie,** un derecho estatal a intervenir. Considerado aquí desde el punto de vista individual del problema, este derecho del Estado se enfrenta con la necesidad de que el individuo goce del máximo de libertad para el máximo de experiencia. Esto no implica, naturalmente, que el hombre pueda hacer todo lo que guste, ni, **como ingenuamente sugiere Montesquieu,** que tenga el derecho de cumplir con su deber, sino que ha de dejársele la libertad de llevar sobre sus propios hombros el peso de su propia responsabilidad. Todas las colectividades han ido constituyendo desde los cimientos de su psicología y de su historia un conjunto de leyes no escritas que rigen la conducta de sus individuos en lo que concierne a las pasiones íntimas. El hombre tiene derecho a que el Estado no se mezcle en su libertad de cumplir o violar estas leyes sociales. Las leyes políticas, juzgado este problema desde el polo individual y a reserva de lo que habrá de decirse al examinarlo desde el polo social, deben abstenerse de toda intervención en este terreno.

El segundo fundamento del derecho a la libertad individual surge de esa busca de la felicidad que es el estímulo del hombre en el camino de la experiencia. La felicidad requiere un ambiente adecuado para la absorción de las energías del hombre. Será, pues, necesario organizar el Estado de modo que todo hombre, por el juego de su libertad individual, pueda encontrar su ambiente y su nivel. Nadie duda de que una República supersocialista supergobernada por funcionarios superpsicólogos podría llegar, mediante cálculos matemáticamente exactos, a ajustar energías y talentos en un Estado absolutamente perfecto; mientras la civilización trabaja en la construcción de esta maquinaria ideal, **parece, sin embargo, más prudente que, para llegar a un ajuste aceptable de las leyes naturales, el Estado se fie de la máxima libertad, que, actuando como la fluidez de los líquidos, permita a sus individuos clasificarse por densidad cada uno en su nivel.**

Foro de Norte

Sobre Hernán Cortés

Un punto aun no dilucidado, que recuerde, por los exégetas cortesianos, es este: **¿hasta cuál extremo Cortés fue conquistado por el pueblo que sojuzgó?** No en cuanto a que haya traído media docena de simientes de vegetales, o cuatro o cinco especies animales de Europa, que haya repartido tierras y siervos entre sus compañeros de aventura, o haya impuesto nuevos derroteros a la vida económica indígena¹, porque eso cualquiera lo habría logrado, aun cuando no tuviera a su alcance el activo genio del extremeño; sino en cuanto a la media docena de sentimientos, semillas de auténticas formas de vida náhuatl, que poco a poco se fueron adentrando y le arraigaron sin querer en el alma. Si se leen con atención vigilante las páginas de la crónica de Gómara, se advertirá que brotan a menudo afirmaciones que moderan o destruyen juicios antes expuestos por el autor, y no con ligereza sino con prejuicios occidentales; y ello no puede tener otro origen que el influjo de las palabras de Cortés. Es absurdo exigir que un hombre que abandona una sociedad vieja se despoje en un instante de reglas que son ya en él sangre y mente, que deponga su codicia miope y desatentada, que olvide formas de defensa cuya eficacia sabe, pero que no le valdrán en un medio distinto; sentenciará de salvajismo o de infantilismo, de acciones ilógicas aquellas que corresponden a un ritmo de vida que no es su vida habitual y que no atina a comprender; en cambio, el hombre de una sociedad nueva es más libre y más ágil, para entender y para adaptarse. Cortés se nos presenta como hombre a quien se le remozó el espíritu más de prisa

y más a fondo que a sus desventurados compañeros. El oro ya le vendría por añadidura.

Ninguno de los conquistadores alcanzó la posición que él en las sociedades indígenas. Y no, seguramente, porque hubiesen creído que era Quetzalcóatl que ya retornaba, tras los años mil, de su viaje remotísimo y espléndido, bajo extraña indumentaria y cubierto de sudor, de polvo y de incuria. —Quetzalcóatl es en la leyenda espejo de pulcritud y de limpieza—. Tampoco parece hoy fácil de creer en ese otro mito que nos viene afirmando a lo largo de cuatro centurias, y más todavía, que la conquista fue una ventura de misericordia, de amor y de redención para los indios, puesto que su estado de servidumbre y de esclavitud fue más doloroso después que no antes. Según nuestro autor, "Dios les hizo merced en ser de españoles que los cristianaron" y los hicieron felices²; pero en contra de este parecer existe una enorme copia de opiniones adversas, y está la realidad misma, que nos muestra de muy antiguo extinguidos los pueblos aborígenes en vastas comarcas de América. Y, sin embargo, **Cortés gozó no sólo de la confianza, de la estimación, de la adhesión sincera de los indios por él sojuzgados**³. ¿Por qué este fenómeno, contradictorio en la apariencia?

Si se analizan a conciencia, serenamente, sus escritos, se advertirá que su conducta no fue nunca la de expoliación, ni menos la de una destrucción absurda y criminal del indígena, sino la de reclamar el servicio y el tributo en uso, de acuerdo con las normas éticas de su tiempo y las costumbres aceptadas en su mundo europeo, que por desdicha no diferían en este punto de los principios vigentes en la vida indígena. Recordemos en este trance algunas de sus propias palabras: "piensan (muchos) que sirven a su Magestad, y como no les duele ni tienen respeto a la perpetuidad desta tierra, no buscan sino cómo sacar dineros, y dure lo que durare"; y afirmaciones semejantes a esta es bien sencillo de encontrarlas multiplicadas en documentos que salieron de sus manos; precisamente la cita procede de carta privada, no destinada a fines de publicidad. Por lo demás, en los generosos ensayos de don Vasco de Quiroga, que intentó aplicar juiciosamente seductores devaneos de utopías a la hostil realidad circundante, y en algunas reflexiones tardías de fray Bernardino de Sahagún, podemos atisbar una rectificación a errores que han perdurado después tan obstinadamente⁴. Ninguna disquisición se impone acerca de las mentiras necesarias, de aquellas que se acuñaron para justificar hechos tremendos, como en cuanto a la monstruosidad atribuida a prácticas religiosas o a vicios de los indios, que por lo contrario se aceptan y repiten como verdad sabida; en cambio, tropezamos aquí y allá con afirmaciones que semejan paradojas, ante noticias y pormenores que revelan una civilización avanzada, junto a otros que, bruscamente, nos ofrecen un cuadro de áspera barbarie y el comentarista pasa a menudo sobre lo uno y lo otro, presta por igual su aquiescencia complacida y procura no ver lo incongruente y lo ilógico. El indígena, abandonado o sumergido en la noche de su servidumbre,

fue privado de su ambiente de cultura, de sus guías, de sus maestros, para caer por siempre en la más aciaga condición de vencido, como pudo observarlo el barón de Humboldt con tanta justeza⁵.

Otro fue el juicio que se formó Cortés, aun cuando, y ello es natural, no con los conceptos de equidad y de previsión que habrían de corresponder a edades ulteriores, sobre el orden y las instituciones públicas que era prudente implantar en la Nueva España. Si luego de pasar por tamiz el texto de las Cartas de Relación, se emprende la lectura de los comprimidos períodos de López de Gómara, habrá de convenirse en el hallazgo de un sano propósito de comprender y de persuadir. Faltan, es cierto, los toques vívidos de color y las minucias de dibujo que, a tino o en desvíos, avaloran las páginas de la **Historia Verdadera** de Bernal Díaz. Sin embargo, también a veces fatiga y desorienta lo pintoresco.

1. Madariaga, Salvador de. **Hernán Cortés**. Buenos Aires. 1942. Págs. 543-549.

2. Véase el capítulo CCXLIII.

3. V. Ramírez Cabañas, Joaquín: **La estimación y los odios que inspiró Cortés**, en la Revista de Estudios Universitarios. México. Tomo I. Pág. 69.

4. V. Reglas y Ordenanzas para el gobierno de los Hospitales de Santa Fe y Michoacán, dispuestos por su fundador Don Vasco de Quiroga. Apéndice a los Fragmentos de la vida y virtudes de D. Vasco de Quiroga. Escritos por el Lic. D. Juan Joseph Moreno. México 1766.— V. Fray Bernardino de Sahagún. **Historia de las Cosas de la Nueva España**. México. 1938. Tomo III. Págs. 79-91.

5. Humboldt, Alejandro de. **Ensayo Político sobre la Nueva España**. México. 1941. Tomo II. Pág. 82.

Extracto de la introducción a **Historia de la Conquista de México** por Francisco López de Gómara, por Joaquín Ramírez Cabañas. Edit. Pedro Robredo 1943.

CANTO III ✠

FORO DE NORTE

Canto de tierra adentro.

**Canto de la entraña conmovida de la Patria,
en el que la pena del sueño frustrado
mezcla sus lágrimas**

con la alegría de la esperanza en alto.

La adversidad no rinde los bríos de este pueblo.

Ante el dolor se acrecen sus afanes de lucha.

**Si rige su destino signo de desventura,
también hay en su cielo un signo de esperanza.**

Si una estrella se apaga, otra estrella se enciende.

Si un camino se cierra, se taja otro camino.

Si una fe se quebranta, surge otra fe más honda.

**Poderosas reservas de valores de espíritu
afirman, en su entraña, su vocación de vida.**

**Es un pueblo de recia vinculación histórica,
forjado en los crisoles diamantinos de España
en las tierras ubérrimas del mundo colombino.**

**De la Iberia magnífica, creadora de pueblos,
trajo el ímpetu másculo para la empresa en grande:
consagración al fuero del libre pensamiento,
la pasión de justicia y la fe en el esfuerzo
vigoroso del hombre bajo el signo de Dios.**

**Raza, en la que fundieron sus mejores aceros
de materia y espíritu las razas más potentes
que en la historia dejaron las luces de sus huellas,
que, al arraigar en suelo de la América virgen,
cobró nuevos alientos para servir la Vida
en tareas de honda superación humana.**

Vicente
Géigel
Polanco

**Del libro Canto de Tierra Adentro*

De Cervantes a Ortega

por
Osvalda
Rovelli
de Riccio

Directora de "Tribuna Literaria" de Argentina

En un suscito y substancioso trabajo —uno de los que le pertenecen sobre el tema— cuyo título encabeza estas líneas, el enjundioso escritor, director de la revista "Norte", que se edita en México, establece la concordancia de la filosofía orteguiana con la de Cervantes, hallando "en la esencia filosófica dinámica de la razón vital del hombre" —que aquél plantea por primera vez en "El Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha"— los fundamentos básicos del cogito de Ortega: "Yo soy yo y mi circunstancia", el cual introduce en el vasto campo de la especulación filosófica un movimiento verdaderamente revolucionario.

Para llegar a establecer sus conclusiones, Fredo Arias de la Canal indaga en el "Ingenioso Hidalgo" y señala en él los pensamientos esenciales cuya raíz profunda halló Ortega y cuya elaboración reflexiva e inteligente lo conducen al establecimiento de conceptos fundamentales, algunos de los cuales se refieren al heroísmo, al tiempo, a la vida, al destino y a la claridad. Son éstos, precisamente, los que utiliza el autor para establecer las conexiones y testimoniar su perfecta identidad con los enunciados en el Quijote, identificación que demuestra mediante citas textuales extraídas de las obras de ambos filósofos y relacionadas entre sí por su elaboración interpretativa, haciendo, de este modo, irrefutables sus afirmaciones.

El trabajo termina con un capítulo titulado "Shakespeare y Cervantes" que el autor considera fundamentalmente discímiles y, en consecuencia, imposibles de confrontar. Y se inicia con un verso que sustenta la

filosofía de Cervantes y Ortega, en el cual realiza una especie de síntesis poética de los pensamientos filosóficos que expone y explica en su trabajo.

Indudablemente, no es un trabajo fácil el que ha realizado Fredo Arias de la Canal. Para poder llegar a una confrontación entre el pensamiento de dos especuladores de tal envergadura en el terreno de la filosofía, es exigible un estudio concienzudo para llegar al conocimiento y la comprensión profundos del significado esencial de la obra de ambos filósofos y, además, una búsqueda paciente y selectiva de los conceptos que van a expresar y testimoniar la identidad de pensamiento que los liga, los cuales, en ocasiones, por su forma, parecen no tener el mismo fundamental significado, de modo que, sólo la consideración inteligente de los mismos puede extraer a la superficie su esencia coincidente.

Esto ha hecho el autor con la meridiana claridad de expresión que preconizan y ensalzan ambos filósofos al decir:

"... sino procurar que a la llana, con palabras significantes, honestas y bien colocadas, salga vuestra oración y período sonoro y festivo, pintando en todo lo que alcanzáredes y fuera posible, dando a entender vuestros conceptos sin intrincarlos ni escurecerlos." (Cervantes)

"Mi vocación era el pensamiento, el afán de claridad sobre las cosas." "Toda labor de cultura es una interpretación, esclarecimiento, explicación o exégesis de la vida." (Ortega.)

Enamorados de lo Chico*

Desde los ríos de mi nada,
yo me alzo contra ese rompimiento
—en veintidós pedazos—,
de lo que fue el imperio
hispanico en el mundo:
de lo que fue el imperio...

¡Y pudo ser lozana anfictionia
armónica y libérrima de pueblos!

Algo vital quebró
entre los españoles
de las orillas múltiples:
entre los que estrenaron y no estrenaron soles
en la espaciosa tierra en doncellez,
que generó un connubio
de olas y galeones,
entre los padres y los hijos:
adelantados y libertadores.

Los hombres de otro tiempo
que ha de venir; los que invocó Rubén,
irrevocablemente,
¿arrancarán de cuajo al cicatero ayer?
¿O todo este tesoro de energías
de la prometedora Hispanidad
será como esos ríos que se pierden
en el acabamiento de la mar,
dejándole a las tierras porque cruzan
en la misma estrechez y sequedad?

24/NORTE

Peor que no nacer
es traicionar nuestro destino.

Yo, soñador de la otra orilla,
quiero también soñar
que un día, nuestros hijos:
los de la España madre y la América joven,
harán lo que nosotros no supimos
hacer aún: edificar un puente
sobre las divergencias de todos nuestros ríos;
erguir un tajamar para arrojar por él
todas las taiferías de lo mínimo;
plantarse genialmente en una encrucijada
—donde se hagan fraternos los dispares caminos—,
y gritar que lo grande que nos une
es de una jerarquía superior a lo exiguo
de lo que nos separa. Que un ideal común,
tentador y vivífico,
desde el fondo del tiempo
—en fratricida debatir perdido—,
todavía con ilusión espera,
al cabo de los siglos,
sobre las altas cúspides del cóndor,
y en el hispano promontorio antiguo...

Estamos todavía
enamorados de lo chico.

Por la llegada de una primavera
en la que puedan nuestros hijos
lanzar alegremente por la borda
lo que se opone al ancho, solidario destino,
yo levanto mi copa
repleta del nutricio
licor de la esperanza...

Que yo también preciso,
para vivir, estar borracho de algo,
lejos de lo que es chato y lo que es chico...

Y a veces se me sube a la cabeza
el óptimo, vital, sagrado vino
de la Hispania fecunda,
que un día embriagó a Rubén Darío.

Hermenegildo
Martín
Borro

*Del libro
La Nave Encantada

Santa Anna en la Habana

No. 2 Informe del Almirante Alex Slidell McKenzie al Secretario de Estado Sr. Buchanan, sobre su entrevista con Santa Anna en La Habana.*

Habana, 7 de Julio de 1846.

Señor:

Tengo el honor de manifestar a usted que llegué aquí la tarde del 5 de julio, y el 6, temprano, ví al Cónsul de los Estados Unidos y le entregué la carta de usted. El señor Campbell, inmediatamente y con toda buena voluntad, cumplió con la petición de usted de ayudarme en el asunto de que estaba yo encargado. Inmediatamente me condujo, con propósito de presentarme, a la casa del General Santa Anna. El General Santa Anna había dado órdenes de que no se le molestara; pero dejé mi tarjeta, escribiendo en ella que **traía un mensaje del Presidente de los Estados Unidos** y que volvería a las 8 p.m. Así lo hice y fui cortésmente recibido. Apenas le había yo leído la carta de usted al Cónsul manifestando que contaba yo con la confianza del Presidente y la copia de la orden que se había dado al Comodoro Conner para que le permitiese pasar, y agregado unas cuantas palabras sobre el mensaje del Presidente, cuando me dijo que tenía visitas en la pieza próxima, pero que tendría mucho gusto en verme a las 7 de la mañana siguiente en que podría hablar conmigo con entera libertad.

Fui, por lo tanto, a verlo esta mañana y permanecí con él tres horas. Comencé por leerle un documento que había yo preparado en la tarde del día en que recibí las instrucciones del Presidente y que había yo sometido luego al señor Slidell, que estaba presente, para cotejarlo con sus recuerdos. He aquí una copia de ese documento que le traje a él (Santa Anna):

Habiendo tomado las armas los EE. UU. para resistir el ataque del intruso gobierno militar del General Paredes en México, están resueltos a proseguir la guerra con vigor hasta obtener plena reparación por los ultrajes que sus ciudadanos han recibido de México durante una larga serie de años.

El Presidente de los Estados Unidos está sin embargo deseoso, como lo manifestó en su mensaje al Congreso al recomendar el reconocimiento de la existencia de la guerra comenzada por México, no sólo de terminar las hostilidades rápidamente, sino de someter todas las cuestiones en disputa entre su Gobierno y México a un arreglo pronto y amistoso.

Para lograr este propósito el **Presidente vería con gusto el derrocamiento del despotismo militar existente del General Paredes**, que ha asaltado el poder fomentando la hostilidad entre sus compatriotas contra los Estados Unidos, pero que no tiene más esperanza de apoyo que la prolongación de la guerra, y que fuese reemplazado por un Gobierno más en armonía con los deseos y los verdaderos intereses del pueblo mexicano, que no puede ganar nada con la prolongación de la guerra; un Gobierno suficientemente ilustrado y suficientemente fuerte para hacer justicia a las naciones extranjeras y a México mismo.

Creiendo que el General Santa Anna es el que mejor reúne las altas capacidades necesarias para establecer ese Gobierno, y que como deseoso del bien de su país no puede querer la prolongación de una guerra desastrosa, el **Presidente de los EE. UU. vería con gusto su restauración al poder en México**. Con objeto de lograr ese resultado hasta donde sea posible, ha dado ya órdenes a la Escuadra de bloqueo de los puertos mexicanos para **que permitan al General Santa Anna regresar libremente a su país**.

El Presidente de los EE. UU. no consentirá en un armisticio con el General Paredes hasta que éste proponga tratar sobre la paz y dé garantías satisfactorias de su sinceridad. Con el General Santa Anna, si éste regresa al poder en México, el Presidente consentiría en la suspensión de las hostilidades efectivas por tierra, manteniendo todavía el bloqueo de las costas mexicanas en uno y en otro Océano, siempre que el General Santa Anna exprese su voluntad de tratar. En ese caso, un Ministro americano investido de plenos poderes estará disponible para salir inmediatamente hacia Mexico y ofrecer al General Santa Anna condiciones de arreglo de todas las dificultades existentes entre los dos países.

Estas condiciones serán liberales y medidas, no conforme al poder de los EE. UU. ni por la comparativa debilidad de México en las actuales circunstancias, ni por los derechos que pudieran estar justificados por la conquista y por la costumbre de las naciones, sino por

un sentimiento de su propia magnanimidad. Tal como ahora piensa el Presidente podría no exigir indemnización por los gastos de la guerra. Habiendo obtenido pleno reconocimiento de las reclamaciones por expoliaciones contra sus conciudadanos agraviados, **estaría dispuesto a pagar liberalmente por el establecimiento de una línea fronteriza geográfica permanente entre los dos países que tendiera efectivamente a la consolidación de la paz entre ambos.**

Algunas porciones del territorio norte de México consisten en tierras baldías o en lotes escasamente poblados, y en parte pobladas ya por nativos de los EE. UU. Estas porciones de su territorio **que probablemente se encuentran ya en estos momentos en poder de los EE.UU.**, serían las que México tendría que ceder al ajustar ese Tratado a cambio de una amplia compensación en dinero efectivo que serviría para restaurar sus finanzas, consolidar su Gobierno e instituciones y cimentar su poder y prosperidad con tendencias a protegerlo contra futuras usurpaciones y asegurarle la posición entre las Repúblicas del Nuevo Mundo que el Presidente de los EE. UU. desearía verlo ocupar; con lo cual cree que contribuiría al mismo tiempo a la grandeza y felicidad de México, así como de los EE. UU.

Si se obtuvieran felizmente tales propósitos y las enemistades entre los dos países desaparecieran sepultadas con el conflicto en que están empañadas, el Presidente esperaría ver que se desarrollara entre ellos una amistad y un comercio benéfico que se aumentarían perpetuamente con el curso de los años sin ninguna otra rivalidad entre ambos países fuera de la noble emulación en la causa de la civilización, haciendo honor a su nombre común de Repúblicas.

El General Santa Anna recibió el mensaje del Presidente con notoria satisfacción y manifestó su agradecimiento por la orden que se había dado a la Escuadra del Golfo, permitiéndole volver a México. Habló con profundo interés de su entrevista con el General Jackson en Washington y de la manera en que ese hombre venerable se había levantado del lecho del dolor en que estaba postrado para recibir cordialmente a un hermano de armas caído en desgracia, y parecía estimar debidamente las altas y nobles cualidades que lo distinguían. Habló también de las consideraciones que había recibido del señor Forsyth y de la impresión favorable que ese caballero produjo en él. Hizo observar que si resultaban frustradas sus esperanzas de volver a su país y si se establecía una monarquía en éste, o si se convertía en presa de la anarquía, trataría entonces de **radicarse permanentemente en Tejas, naturalizándose ciudadano de los EE. UU., compartiendo con sus hijos los destinos de nuestro país.** Se extendió con aparente franqueza en su pena por los errores de su Administración pasada en los asuntos de su país, y en sus intenciones, si volvía al poder, de gobernar en favor de las masas en vez de los partidos y las clases privilegiadas. Entre las medidas de reforma que se proponía llevar a cabo estaba la de reducir la riqueza y el poder del Clero y la de establecer el libre cambio. Me mostró una carta que acababa de recibir de un amigo influyente en la

ciudad de México, **insistiendo en su pronto regreso y haciendo una descripción lamentable del conflicto de partidos en su desgraciada patria.**

En el curso de nuestra conversación respecto a la naturaleza de la línea fronteriza que nosotros exigiríamos, **habló de que el Río Nueces había sido siempre la línea divisoria de Tejas** y enumeró los diversos Estados parte de los cuales se hallaban al norte del Río Bravo. Le dije que ni el Presidente ni el pueblo de los EE. UU. consentirían jamás en otra línea divisoria al norte del Río Bravo, que era un gran río indicado por la naturaleza como frontera adecuada entre dos grandes naciones; que no estaba yo al tanto de las opiniones concretas del Presidente fuera de aquella en que éstas se hallaban de conformidad con el sentimiento general del país respecto de la extensión de la parte que México tuviera que ceder. Que el sentimiento popular procuraría obtener una línea que partiendo desde un punto dado en el Río Bravo corriera rumbo al oeste hasta el Pacífico a lo largo de un paralelo de latitud tal que tomara cuando menos el puerto de San Francisco, California. Que en términos generales retendríamos, de lo que ya hemos conquistado, lo que creyéramos suficiente para darnos una frontera permanente; **pero que para hacerlo no nos valdríamos como otras grandes potencias, del derecho de conquista, sino que nos guiaríamos por un sentimiento de magnanimidad**, y que, para nuestra propia satisfacción, así como para conciliarlos la amistad de México, **pagaríamos liberalmente cualquier territorio que retuviéramos.** En contestación a una pregunta que le hice, me informó que no se habían expedido patentes de corso por el Gobierno Mexicano, de cuyos movimientos lo tenía debidamente informado su corresponsal. Que semejante medio de hostilizar se había pensado en el seno del Gobierno actual, pero se había considerado impracticable.

Subsecuentemente o durante la continuación de esta plática, redactó la siguiente nota de lo que desearía comunicar en respuesta al Presidente. Esto lo copié a petición suya y volví a leérselo para ver que correspondiera palabra por palabra con el original que después destruyó.

El señor Santa Anna dice: que deplora la situación de su país; **que si estuviera en el poder no vacilaría en hacer concesiones antes que consentir que México estuviera gobernado por un príncipe extranjero que los monarquistas están tratando de elevar [al trono];** que una vez restaurado a su país, entraría en negociaciones para arreglar una paz por medio de un Tratado de límites; que prefiere un arreglo amistoso a los estragos de la guerra que pueden ser calamitosos para su país; que aunque los republicanos de México trabajan por llamarlo y colocarlo a la cabeza del Gobierno, éstos se encuentran obstruccionados por **los monarquistas, encabezados por Paredes y Bravo;** que desea que los principios republicanos triunfen en México y que se establezca allí una constitución enteramente liberal y que éste es ahora su programa; que si el Gobierno de los EE. UU. estimula sus patrióticos deseos, ofrece responder con una paz tal como se ha descrito. Desea que no se acepte la

mediación de Inglaterra o de Francia y que todos los esfuerzos se encaminen a favorecer su regreso al poder en México, protegiendo al partido republicano. Para obtener este objeto considera necesario que el Ejército del General Taylor avance a la ciudad de Saltillo, que es una buena posición¹ obligando al General Paredes a luchar, puesto que considera fácil su derrocamiento,² y hecho esto el General Taylor puede avanzar hasta San Luis Potosí, cuyo movimiento obligará a los mexicanos de todos los partidos a llamar a Santa Anna.

El General Santa Anna desea también que se guarde el mayor secreto respecto de estas conversaciones, y que se comuniquen únicamente por mensajero hasta donde sea necesario, puesto que sus compatriotas, sin apreciar sus benévolas intenciones de librarlos de la guerra y de otros males, podrían formarse una opinión dudosa de su patriotismo. Que todos los cruceros americanos deberían recibir instrucciones bajo el más estricto secreto de no impedir su regreso a México. Aconseja igualmente que el pueblo de las ciudades ocupadas por el ejército americano no sea maltratado para no excitar su odio.³ Considera importante atacar Ulloa [Ulúa] y juzga que sería mejor tomar primeramente la ciudad, cuyas murallas no son fuertes, lo cual podría efectuarse fácilmente desembarcando tres o cuatro mil hombres.⁴ Considera importante la ocupación de Tampico, y le sorprende que no se haya efectuado, puesto que habría podido hacerse tan fácilmente. El clima es sano en octubre y continúa siéndolo hasta marzo. Finalmente desea que se cuide de su buena reputación en los periódicos de los Estados Unidos y que se le represente como el mexicano que mejor entiende los intereses de su país y como republicano que nunca transigirá con los monarquistas ni estará jamás en favor de una intervención extranjera europea. Dice que sería bueno no bloquear los puertos de Yucatán, puesto que él cuenta con ese Estado y está en comunicación con sus autoridades; y tal vez se dirigiera a ese punto si las circunstancias hacen considerarlo favorable.

Las sugerencias militares contenidas en la nota del General Santa Anna me parecieron de tal importancia que, para ahorrar tiempo, que es tan valioso en la guerra, le sugerí la conveniencia de comunicarlas inmediatamente al General Taylor para que éste se aproveche de ellas si lo considera importante dentro de los límites de sus órdenes y de sus facultades discrecionales. Preguntó si el General Taylor era reservado e incommunicativo. Le contesté que todo lo que sabía de él era lo que se sabía en público por sus recientes actos y por los informes escritos en los que había hecho conocer al Gobierno, los cuales comprobaban que no solamente poseía las más altas cualidades como Comandante, sino que es un hombre de prudencia, moderación y reserva. Admitió que sus informes producían fuertemente esa impresión y opinó favorablemente de mi proposición sobre partir inmediatamente para el Cuartel de Nuestro Ejército. He determinado hacer esto aun cuando ello no se encuentre incluido en mis instrucciones.

Si he cometido un error y exagerado la importancia de esta información, espero que se encuentre una excusa

en mis propósitos que consisten en prestar por todos los medios a mi alcance un servicio a mi Patria.

Tengo el honor de suscribirme muy respetuosamente como su más obediente servidor.⁵

Alex Slidell McKenzie

Al Honorable James Buchanan, Secretario de Estado,
Washington (Recibida el 3 de Agosto).

*Reeves, "American Diplomacy", págs. 299 a 308.

1. Al preguntarle en este punto si Monterrey era una buena posición militar, dijo que no. (Nota de McKenzie).

2. En este punto me dijo: "que Taylor lo festija bien" [¿fustigue?]; literalmente "que Taylor lo agasaje o lo entretenga bien", queriendo decir, "que lo persiga y que lo acose" Agregó que Paredes no era valiente. Le dije que en los EE. UU. se tenía la opinión de que Paredes era un espíritu débil y terco, pero impetuoso y valiente. Dijo que en un combate, que nombró, pero que he olvidado, Paredes, que era su ayuda de campo, se escondió en un matorral del cual tuvo él que sacarlo increpándolo. No sé qué importancia deba darse a sus resentimientos personales al escuchar esta afirmación, aunque las palabras fueron pronunciadas y la escena descrita con minuciosidad. (Nota de McKenzie).

3. Le dije que el proteger al Partido Republicano estaría de acuerdo con nuestros sentimientos políticos, pero que era contrario a nuestro carácter nacional el oprimir a nadie. Le dije lo que había sido y continuaría siendo la conducta de nuestro ejército. (Nota de McKenzie).

4. A petición mía mencionó el mes de Octubre como el más apropiado para ese movimiento, y como lugar más adecuado para el desembarque, la costa fuera del alcance de la artillería. (Nota de McKenzie)

5. Esta carta está tomada del libro de Jesse S. Reeves, "American Diplomacy under Tyler and Polk (págs. 299 a 308), quien agrega el siguiente comentario final: "A principios de Agosto Santa Anna pasó la línea de bloqueo y desembarcó en Veracruz. Esa ciudad lo recibió como un héroe, y se encaminó a la Capital como salvador de la Nación. Pero a mediados de Agosto estaba ya al frente de las fuerzas mexicanas y era Presidente ad interim de la República Mexicana. Apenas había llegado a la ciudad de México cuando le fue presentada la nota de Buchanan; sugiriendo que se comenzaran las negociaciones de paz. La oferta fue desechada. Santa Anna como Jefe Militar no era el Santa Anna del destierro. La contestación de Buchanan a la negativa fue que en lo sucesivo se proseguiría la guerra con vigor hasta que México propusiera condiciones de rendición."

Tomado del diario del Presidente Polk
Traducido y acotado por Luis Cabrera. Robredo 1948

Horacio Quiroga y los Cuentos de la Selva

por
Luis
Ricardo
Furlán

Cuenta la literatura hispanoamericana, en general, y la rioplatense, en particular, con un escritor cuyo vigor expresivo y veracidad narrativa lo acercan a los mejores modelos universales. Horacio Quiroga, de quien se han fijado aproximaciones en Kipling y en Poe, ha sido sobremanera un angustiado de la realidad, un ser que vivió entero y, a la vez, multiplicado en hallazgos y desencuentros. El drama que continuamente vive en la selva es la tragedia de su propia existencia injertada en todo el complejo de la naturaleza y sus invariables y causales búsquedas determinan que el hombre gire en su determinismo arquetípico. El paisaje y su habitante, al que es dada la metodología literaria, tienen en Quiroga no sólo un punto de apoyo sino su consecuencia, más aún cuando éste se inmersa en lo conflictual y hace del contorno su demoníaco testimonio.

Nacido en Salto (Uruguay) en el día último de 1878, mientras su padre ejerce las funciones de vicecónsul argentino, Quiroga muestra desde joven su espíritu contraído, su actitud de observación y su espigada figura a la que, en los años mozos, dará ascetismo una poblada barba en el rostro y una casi primitiva vestimenta, sumamente pobre. Al año siguiente de su venida al mundo, Quiroga tiene su primer encuentro con la muerte: muere su padre en un accidente de caza. Los días infantiles del novelista lo acercan a la adolescencia donde asiste, conmovido, al suicidio de su padrastro. Prefiere los deportes al aire libre y hasta gana alguna carrera de ciclismo en ponderable esfuerzo.

En 1897 descubre en Montevideo un libro que lo llenará de júbilo y de sorpresa. Es de Lugones y la grandilocuencia del poeta, su imaginería sonora y su entereza lírica lo arrastran a un mundo del que no se exiliará en toda su vida, el mundo de la literatura. Funda la "Revista de Salto" (1899) que sostendrá estoicamente hasta su viaje a Europa (1900) a cuyo regreso encuentra serias trabas para desarrollarse intelectualmente. Obtiene los juegos florales de octubre de ese año y un poco más tarde uno de los premios de un certamen de cuentos donde ya se manifiesta, dice una crónica de entonces, "su poderosa imaginación y la fuerza de su talento". Desde allí, colabora en "La Alborada" y luego en "El Siglo Ilustrado", donde sus cuentos llaman la atención y tienen prestigio entre los intelectuales de ambas orillas. Pero será un involuntario accidente —él acciona fortuitamente el percutor de una escopeta que revisaba y mata a su mejor amigo— lo que pondrá a Quiroga otra vez en el centro trágico de su existencia.

Establecido en Buenos Aires, se lo designa profesor de castellano en el Colegio Británico (1903) y publica su primera colaboración para el periodismo porteño, según anota Speratti Piñero. Cuando Lugones asume una expedición de estudio a las ruinas jesuíticas de San Ignacio, en Misiones, integra la comisión oficial con Quiroga, a la sazón entusiasta fotógrafo. No le arredra la penosidad del viaje ni los contratiempos de su dolencia asmática agudizada a veces. Quiroga tiene su descubrimiento de la selva, primerizo, encantado, virtualmente encajado en ese dominio de magia y peligro. Cuando regresa a Bue-

nos Aires, su actitud vital ha cambiado, su espíritu es otro. Publica su segundo libro, "El crimen del otro" (1904) reiterando las elogiosas críticas y acentuando las que mereciera en 1901 "Los arrecifes de coral".

"Toda mi cabeza estaba llena de Poe", confesaba Quiroga, pero su vocación ermitaña lo llevará a reubicarse en la selva, construyendo su choza, proveyendo su alimento y cultivando algodón, iniciado en una desastrosa actividad comercial cuya impericia mostraba. Regresa a Buenos Aires y vuelve a compartir amigos y tertulias. Con su novela corta "Los perseguidos" (1905) publica, simultáneamente, su primer cuento en "Caras y Caretas". Vuelve al magisterio, apoyado por Lugones, y —siempre con el ojo viajero— adquiere un centenar y medio de hectáreas en San Ignacio, que el gobierno nacional subasta. Pasa allí sus vacaciones, enteramente poseído por el paisaje y su cosmovisión. En 1908, Quiroga contrae enlace con Ana María Cirés, una de sus alumnas, y viajan a radicarse a Misiones. En la soledad misionera, nace su hija Eglé. Mientras tanto, siguen vendiéndose en Buenos Aires los ejemplares de "Historia de un amor turbio", novela de transición en la obra quiroguiana. En 1912, un año después que Eglé, nace Darío. Los dos hijos, agradece el cuentista, comparten sus gustos y se adiestran en las variadas labores de la zona. Y aunque su colaboración literaria continúa ininterrumpidamente —desde San Ignacio llegan semana a semana sus trabajos para las revistas— su pasar económico es sumamente ajustado. Subsiste con los alimentos que la selva lo provee y hace una vida indudablemente restringida.

El signo de la muerte se presentará a Quiroga, nuevamente, con el suicidio de su esposa, en 1915. Regresa con sus hijos a Buenos Aires, se alberga con ellos modestamente y deja que sus amigos procuren aliviar su situación y la de sus pequeños. Manuel Gálvez, que ha fundado una editora, le publica "Cuentos de amor, de locura y de muerte" (1917) obra que merece el reconocimiento crítico de toda Sudamérica. Obtiene un nombramiento en el consulado uruguayo en Buenos Aires y emplea sus ratos libres en la construcción de una chalana que lleva a San Ignacio en sus vacaciones y de la que disfruta enormemente. Es en ese tiempo que publica sus "Cuentos de la selva" (1918), una de las obras más delicadas y puras, plena de colorido y despojada de su angustia congénita, donde el narrador se entrega al medio con entera confianza, subyugado por la vida animal y por sus paradójales moralejas. Incursiona en el teatro: su obra "Las sacrificadas", estrenada en 1921 en el Teatro Apolo es repuesta en el Teatro del Pueblo recién treinta y dos años después, cuando Quiroga ha muerto. Casi a la par, edita "Anaconda", que en la cronología de sus obras sigue a "El salvaje" (1920). "Anaconda" es uno de sus libros más difundidos y continuamente reeditado. Siguen "El desierto" (1924), "La gallina degollada y otros cuentos" (1925) y "Los desterrados" (1927). Desposa a María Elena Bravo, una muchacha veinteañera, amiga de su hija Eglé y un año después nace Pitoca, la hija de su segundo matrimonio. Pareciera haber desistido un tanto de su

manía selvática, ocupado en una vida nueva y en reuniones literarias que la hacen llevadera. En 1929 aparece su novela "Pasado amor", escasamente exitosa a pesar de reflejar sus mejores atributos narrativos y sus calidades estilísticas y expresivas.

Después de publicar un libro de lectura escolar, "Suelo natal" (1931), en colaboración con Leonardo Glusberg, Quiroga decide irse con su mujer y sus hijos nuevamente a Misiones. El escritor está acosado por las dificultades económicas, las desavenencias familiares y los contrastes críticos de la nueva generación. "Viven en la casa de piedra que su madre mandó construir hace más de quince años y que está rodeada de ventanales que se abren sobre el río Paraná", comenta Emir Rodríguez Monegal. La vida familiar de Quiroga es ahora apacible. Escribe y sueña en un medio que no le es hostil y que, personalmente, le encanta y subyuga. Lee mucho y escribe el doble, amontonando cuartillas con cuentos e historias. Durará poco este paraíso, porque Quiroga es dejado cesante de su cargo consular y pese a las gestiones de sus amigos, no se le repone, agudizando así su situación económica. Aparece "Más allá" (1935) y al reaparecer como escritor obtiene otro nombramiento, de cónsul honorario, cuando ya tramita su jubilación. Los amigos, al fin, no le han abandonado. La jubilación llega al año siguiente; cuando sus trastornos físicos ya se acentúan peligrosamente. La vida familiar se trastorna, se desentienden esposo, mujer e hijos, y al cabo, ella decide regresar a Buenos Aires trayendo a su hija. Queda solo, insertado en esa acuciante soledad de la selva, con sus imaginéras y sus dolores. Unos meses después viene a la ciudad.

La salud de Quiroga empeora. Se interna en el Hospital de Clínicas y allí los médicos deciden una operación de urgencia para aliviarlo de sus dolores temporalmente. Sus amigos lo visitan en su salita hospitalaria donde lo atiende buenamente, otra vez, María Elena. Transcurre el tiempo y la decisión de los médicos en cuanto a una intervención definitiva se va postergando. Ahí intuye Quiroga la naturaleza de su mal. Más bien asilado que internado, tiene libertad para moverse de un lado a otro y aún para ausentarse y regresar en cortas salidas para visitar amigos y familiares. Una de esas tardes conversa rutinariamente con los médicos. Después, sale a dar un largo paseo por la ciudad y regresa, ya entrada la noche, a su salita del hospital. La madrugada del día siguiente, lo encuentran definitivamente muerto. El suicidio está en el vaso de cianuro que vive sobre la mesita, al alcance de su mano crispada, fría. Es la madrugada del 18 de febrero de 1937. Horacio Quiroga se ha perdido ya y definitivamente en la selva de la eternidad.

En la obra de Horacio Quiroga hallamos las pautas de su cronología. Momentos de su vida, unos cruciales, otros llevaderos; verdaderas crisis cuyo análisis no intentaremos; angustias caóticas que lo vulneran; y, sobre todo, la tremenda sombra de la muerte cuyo espejismo lo sigue a toda parte. Hay en sus libros vivencias reales y activas de todo ese acontecer vital y anímico del escritor. Libros donde cada página parece estar escrita al pie de la anécdota y con todo el rigor de ésta. Sin

embargo, hay una obra donde Quiroga se despoja, o trata de hacerlo, de su fatalismo y su visión depresiva del mundo: son relatos breves y didácticos que reúne en "Cuentos de la selva", una colección que tiene renovado caudal de lectores.

Empero, Quiroga no logra aliviar totalmente ese tono gris y patético que encontramos en el resto de sus libros. "Cuentos de la Selva" es una suerte de fabulario que acciona mediante la escenografía clásica de los animales y la naturaleza. Quiroga hace jugar en ellos un elemento insustituible: el hombre. No obstante esta circunstancia, los relatos son vivaces, amenos, tocados por una interior vivencia que los dinamiza. En el primero de ellos, por ejemplo, comparamos uno de los momentos más duros en la vida de Quiroga: su soledad misionera y su regreso a Buenos Aires. En el cuento "La tortuga gigante", que de él hablamos ahora, el protagonista es un hombre que va a Misiones enviado por un amigo suyo, a la sazón director del Jardín Zoológico, con el propósito de que fortalezca su salud al contacto con la naturaleza. El hombre sobrellevaba el problema de la escasez de recursos para alimentar a sus hermanitos pequeños (¿sus hijos en la realidad?) y el amigo le ofrecía el pago de su atención con la caza de bichos para su jardín. Pero la soledad y el clima lo golpean y cae seriamente enfermo. El hombre había salvado a una tortuga de la garra del tigre y ésta creyó oportuno retribuir el gesto tratando de arrastrarlo hasta Buenos Aires, que es donde el cazador pensaba hallar cura a su mal. La odisea de la tortuga, sagazmente relatada por Quiroga, tiene caracteres heroicos y su final feliz permite varias moralejas. Si Quiroga es ese hombre (la descripción somera le cuadra) su enfermedad es, en realidad, la presencia de la selva sin compañía. Primero vive primitivamente y goza. Pero al cabo, la angustia lo asume y lo transforma en ese ser débil y febril. Sin duda, el sobrehumano esfuerzo de la tortuga es, en verdad, el mismo deseo de Quiroga por volver a la multitud y lo que empuja denodadamente al animal es su temor a la muerte.

Quando los flamencos buscan engalanarse para enamorar a las víboras de coral, lo que Quiroga refleja es su temperamento feminista. Posible es que, también, quiera enrostrar el fetichismo y la vanidad ajenas. La mala jugada de la lechuza es, en sí, una actitud humana porque revela que la envidia por el castigo no se encausa debidamente. Y si aceptamos que la lechuza simboliza el continuo atisbar y la víbora la agresión, entonces el flamenco es un ser que se equivoca si quiere vivir despreocupado y feliz en un mundo que constantemente lo acecha, lo que en buena parte le ocurrió a Quiroga. No hay diferencia entre "La media de los flamencos" y "El loro pelado", otro de sus cuentos de la selva. El loro goza de la vida doméstica y de buen pasar. Sólo una inocente travesura lo arrima al tigre, que aquí asume la actitud de la lechuza del relato anterior. Con picardía, lo atrae y castiga y el loro debe ocultar su mísera apariencia ante la vista de sus amigos que lo admiran, los integrantes de la familia, que buenamente pueden estar reemplazando a las víboras del cuento que ante-



cede. Ciertamente es que, al contrario de aquéllas, éstos no lo acosan ni hieren, pero lejos de observar la actitud del loro prefieren castigar al tigre, lo que no es totalmente así por cuanto se benefician con su piel y la lucen.

En "La guerra de los yacarés" se evidencia la batalla de lo primitivo contra lo civilizado, suerte de progreso que destruye la vida existencial y pasiva. Los yacarés quieren sostener una suerte de mundo selvático que les pertenezca a ellos y sin compartirlo. El hombre lucha por ganarlo y así le va en la contienda. La agresividad final no está en el continuo agravio de una lucha despareja sino en el sobreesimiento de un reino, como es el animal, que quiere encerrarse entre los vegetales. Quiroga amaba la selva y la entendía enteramente. En este cuento magnificó las acciones para demostrar que la irrupción del progreso era un atentado a la naturaleza misma y soñó, esa es la palabra, con el triunfo de la selva.

La amistad que hay entre el cazador de "La gama ciega" y ésta es una conjunción de ternura y enamoramiento. Primero, la tragedia temporal de la gamita, su ceguera a raíz de la travesura, y después, la generosidad del oso hormiguero, bien distinto como consejero a la lechuza y al tigre, que no vacila en su recomendación. Finalmente, el cazador que cura y atiende a la gama y que consciente su visita diaria, terminando por serle grata y esperada, demuestra que la condición humana es hermosa y que todos los hombres se dan la mano en un momento de necesidad. El oso no es, aquí, un animal en la simbología sino el mismo hombre transferido. Quiroga reconoció en este cuento a sus amigos que tanto le ayudaron infinidad de veces. Esta actitud la reitera en otro de los cuentos, "Historia de dos cachorros de coati y de dos cachorros de hombre". Los coati agradecen el que los chicos le hayan salvado al hermanito y se prestan generosos, en un acto de desprendimiento y de entrega merecedor alguna vez de mejor análisis, a engañarlos para que no sufran. Frente a su propio dolor, la madre y los coaticitos no reparan en impedir el dolor de los chicos y hacen el reemplazo del coati muerto por otro de ellos. Aquí, en verdad, Quiroga dio a los animalitos una transferencia de tal magnitud que ni los propios hombres tienen siempre. Nuevamente, Quiroga enrostra a la condición humana la sobrevaloración de sus afectos desnivelando a favor de los animales. La selva fue siempre su verdadero mundo y donde no temió acechanza ni daño.

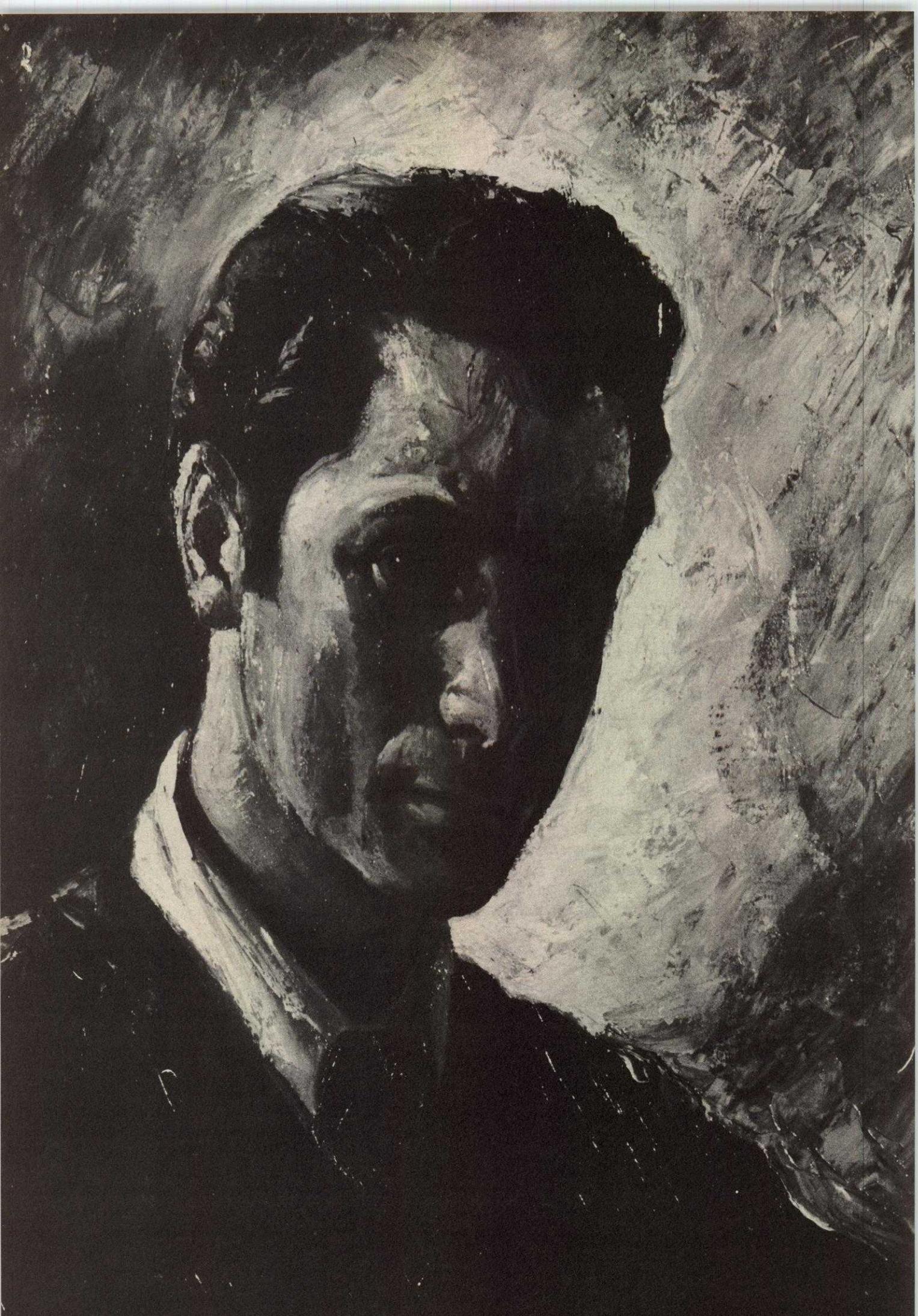
La astucia es el ingrediente de "El paso del Yabibirí". Otra vez la amistad de las rayas, agradecidas al cazador por un hecho anterior, tramán y deciden la defensa de éste, acosado por un tigre. El tigre es siempre en la obra de Quiroga y en buena parte de la literatura de ficción, un elemento astuto, agresivo, indomable. Las rayas, pese a su desigualdad física, aunque amparadas en su numerosidad, pretenden poner valla a la furia del carnicero y salvar al hombre. Es interesante vivir palmo a palmo esta experiencia en la lectura de las páginas de Quiroga. Todos los animales, cada uno dentro de sus posibilidades, apelan a sus argucias para prestar colaboración en la tarea. Es un caso parecido

a otros que tienen por moraleja aquello de que "la unión hace la fuerza". Aunque los tigres aumentan en el cuento, y es probable que fuera un sólo tigre que adquiriría mayor empuje a medida que se debilitaban las rayas, las tentativas para alcanzar al hombre se frustran una y otra vez. Por lo menos las necesarias hasta que el cazador recupera su rifle, en una verdadera operación de comando, y termina con el tigre que cae muerto.

Finalmente, la abeja haragana es uno de los pocos cuentos de este libro donde Quiroga aplica normativamente los preceptos de la fábula tradicional. La holgazanería tiene muchas ejemplificaciones en la literatura infantil y docente de todas las épocas. Quiroga era un trabajador incansable, ya como escritor, ya como isleño. En Buenos Aires, trabajaba construyendo sus cuentos magistrales, y en Misiones, laboraba sin descanso armando canoas, su afición enfermiza, tramando techados o iniciando inconclusos oficios comerciales. El narrador era un auténtico obrero de sí mismo y de cuanto le rodeaba, aquí y allá.

Aparte de los detalles que hemos destacado en cada una de las páginas de los "Cuentos de la selva", hay otro que pensamos fundamental. Y es el deseo de vivir que tienen todos sus personajes en acecho. El cazador que enferma, el loro que se oculta, los yacarés que luchan contra los barcos, la gamita que quiere ver, las rayas que consiguen salvaguardar al hombre herido son manifestaciones puras y psicológicas donde el deseo de supervivencia es notable. Y el deseo de sobrevivir acrece en relación directa con el miedo a la muerte. Por las razones ambientales en que vivió buena parte de su vida Quiroga y los trágicos suicidios que lo rodearon y de los que, involuntariamente participó, ésta voluntad de vida está grabada en toda su obra. Fue por sobrevivir, acaso, que decidió su propia muerte cuando sospechó la imposibilidad de retenerse aquí y eligió, como lo había hecho siempre, su propio destino inmediato.

Fuera de este aspecto importante en su vida humana y literaria, primó en Quiroga la objetividad como elemento integrador de su obra. La fantasía en Quiroga es más bien alucinación que invención y todo cuanto relata o cuenta es su propia experiencia con los riesgos que ella implica si no se decanta antes o después del instante crítico. Por eso su estilo, a veces, no fue todo lo depurado que se aconsejaba pero lució vigoroso, enérgico, incisivo como cuadra a un auténtico escritor a un hombre que no solamente genera lo que cuenta sino que vive cuanto narra. En ese ascendente evolucionar, Horacio Quiroga dejó páginas antológicas para la literatura de habla castellana.



RAMON ESPINO BARROS

CON EL PINTOR ESPINO BARROS

Ramón Espino Barros, aunque nacido en Jalapa, Veracruz, en 1918, conserva todavía un aire sorpresivo de maletilla soñador. Es natural, antes y después que nada, Ramón tuvo sueños toreros y aún se le adivinan bulliendo en sus duermelas cada noche. Claro que, las cosas, no llegó nunca a ser la gran figura que quiso en los toros, pero, a su manera, toreó con los pinceles los más fieros mihuras. Pintor de toreros y de toros pastando en las dehesas. Bueno, algo es algo. Y tal vez no sea poco eso de andar dejando para la posteridad a toros y toreros. En fin, las cosas. Así, Espino Barros, nerviosillo, como dijimos al principio, como si estuviera presintiendo siempre, al claro de luna, la llegada de los caballistas, nos recibe, pero no es ningún caballista quien llega a su casa, somos nosotros, que deseamos entrevistarle, pues él tiene muchas cosas, y de interés, que decirnos.

NORTE.—¿Desde cuándo pinta usted?

E.B.—Desde que era muchacho; desde que me entraron los duendes del toreo, pues yo, antes y después que nada, quise ser torero. Aunque al mismo tiempo cuando iba a las capeas me llevara en mi hatilla una libreta y unos lápices para hacer apuntes. Así fue como me escapé de mi casa y empecé a aprender las cosas esas que llaman de la vida. Toré y dibujé y volví a mi casa con los pantalones rotos y un rimero de dibujos que no sé dónde irían a parar. Aquella experiencia me enfrió un poquito la sangre y aunque volví a las capeas, en adelante ya no fui con el deseo de ser mataor, sino de pintar. Claro que alguna que otra vez se me subía la sangre a la cabeza y la daba cuatro mantazos a una vaquilla. La fiesta estaba dentro de mí y traté, es lógico, de retratarla en sus dos grandes protagonistas: toro y torero.

NORTE.—Muy bien. Hablemos de pintura. ¿Cómo ve usted la pintura mexicana actual?

E.B.—Yo creo una cosa: que hay muchos pintores jóvenes de valía que apenas sí tienen oportunidad de exponer. Siento que faltan estímulos. De ahí que sólo aquellos pintores que en México son llamados "grandes" son los únicos que tienen abiertas las puertas de las galerías y todo lo demás. Yo pienso que dentro de la tendencia personal de cada artista deberíamos estar más unidos en lugar de encerrarnos en grupos en guerra. Le estamos haciendo mucho mal a nuestra pintura con esta actitud. Es triste ver cómo nadie quiere reconocer el valor del vecino. Es una lástima, pues podría poner un ejemplo de dos grandes pintores —españoles ambos— donde las cosas no suceden como entre nosotros. Son ellos Picasso y Dalí, dos genios de estilos diferentes que, sin embargo, se reconocen entre sí sus valores sin menospreciarse jamás.

NORTE.—Y bien ¿a qué pintores jóvenes destaca usted?

E.B.—Podrá gustarme o no gustarme, sin embargo, de entre todos los jóvenes que pintan en México, el joven que destaca por sobre todos, para mí, es José Luis Cuevas, siempre tan discutido.

NORTE.—¿Cree usted que los pintores de hoy han superado a los de la antigüedad?

E.B.—No, indiscutiblemente no. En los pintores de hoy podrá haber distintas y diferentes inquietudes, que tal vez, no las tuvieron los de la antigüedad —ni falta que les hacía—, pero artísticamente hablando, aquéllos siguen siendo superiores a todos nosotros. Las pruebas son evidentes. Ahí están sus obras. Sí, ahí están y a ver que alguien me diga dónde hay hoy un Goya, un Velázquez, un Greco... Mire usted, eran mucho aquella gente y no es fácil superarlos. Por lo menos hasta hoy no lo han sido, que es decir. El caso de aquellos pintores es el mismo que el de toreo. Tampoco han sido superados Joselito o Belmonte ni tampoco Manolete. Parece que hay momentos muy especiales en donde se dan grandes artistas y luego, no sabemos por qué, difícilmente se repiten los hechos.

NORTE.—¿Qué es lo más difícil para usted de pintar?

E.B.—Para mí lo más difícil de pintar es la figura humana. A mi parecer porque, la figura humana, con lo que lleva por dentro, es la síntesis del universo. Pintarla no es fácil, pues hay que darla tal como es por fuera al mismo tiempo que hay que reflejar lo que lleva por dentro. La cuestión es bastante peliaguda, si se piensa un poquito en ella.

NORTE.—Hablando de figuras humanas. ¿A qué torero le hubiera gustado pintar?

E.B.—Al Califa de Córdoba, a Manuel Rodríguez "Manolete".

NORTE.—¿Tiene alguna razón especial para ello?

E.B.—Sí; claro que la tengo y, la razón, es que Manolete tenía una personalidad extraordinaria. Era un genio de toreo y entregó su vida a los toros. Aquella maldita tarde en Linares... Ay. Pero además de lo dicho Manolete era un asceta, pues aunque vivía en el mundo vivía en él de una manera muy peculiar, muy senequista. Esta clase de hombres tan sólo se dan en Córdoba. Sí —reflexiona Espino Barros—; Manolete era "una de esas vivas monedas que nunca más vuelven a ser acuñadas", como dijera Lorca de Antofñito El Cambario. Sí; claro que sí, me hubiera gustado pintarlo con todos mis dedos —los de las manos y los del espíritu—. Desgraciadamente no pudo ser.

NORTE.—¿Y quién ha sido para usted el mejor pintor de temas taurinos que ha existido hasta la fecha?

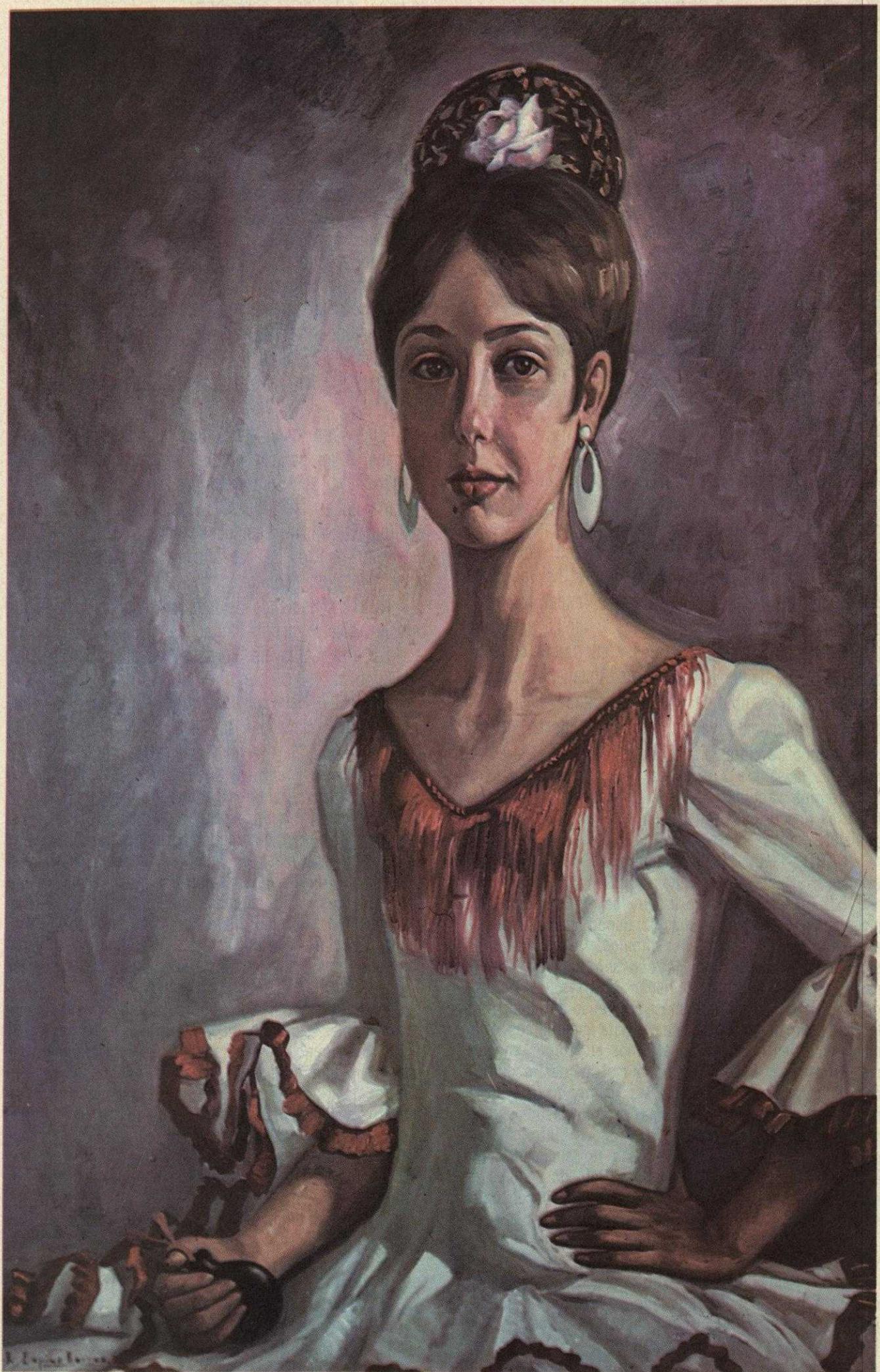
E.B.—Bueno, para mí no ha habido nada más que uno. Creo que ha habido varios y todos ellos de primera calidad. En España, Ruano Llopis, que fue mi maestro, y Roberto Domingo fueron dos extraordinarios pintores de temas taurinos. Aquí en México tenemos otro muy grande: Pancho Flores.

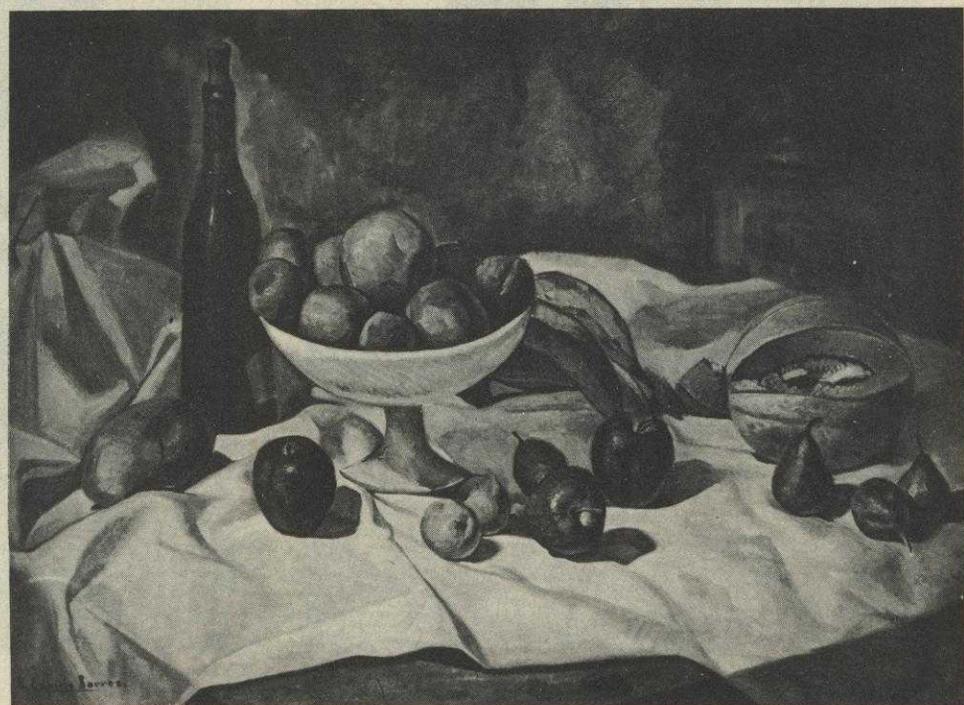
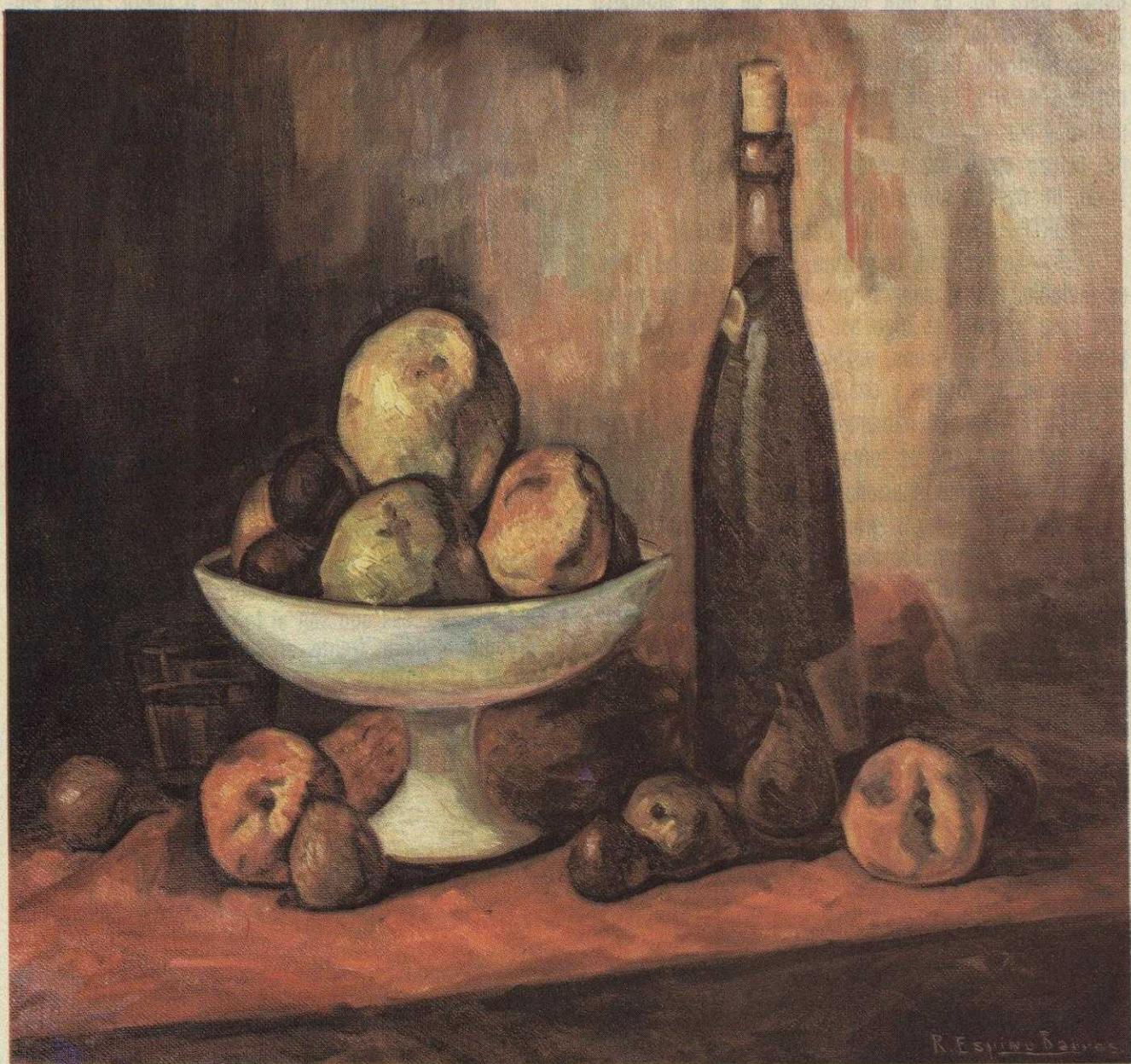
NORTE.—¿Y a qué pintor de todos los tiempos admira más?

E.B.—No admiro a uno solamente. Pero entre los que más admiro se cuentan Velázquez, Goya y El Greco.

NORTE.—¿Podría usted explicarse y explicarnos por qué pinta?

E.B.—Es una cosa un poco, digamos, que empírica. Pero trataré de explicarme. Yo creo que pinto por la misma necesidad que respiro, bebo o como. Siento que





pintar, para mí, es una necesidad de tipo biológico ya que si no lo hago, si no pinto, me siento intensamente frustrado, desgraciado e inútil. Así, cuando pinto, por el contrario, siento que existo en armonía conmigo mismo y con el resto de la creación. Si dejo de pintar me asfixio como pez sacado del agua. Pintar es, por tanto, mi natural elemento.

NORTE.—¿Cómo definiría usted la pintura?

E.B.—En realidad, la pintura, como todas las artes, es inefable. Ahora bien, lo que yo creo que es ya es otra cosa y, esto, es algo así como decir la vida con pintura; hacer, en suma, visibles los sentimientos que nos acucian en formas y con colores:

NORTE.—Ya que hablamos de definiciones. ¿Podría usted definirnos qué es torear?

E.B.—A mí me apasiona la fiesta, pero de ahí a poder definirle hay un gran trecho. Corrochano que sabía mucho de toros y escribió sobre ellos bastantes páginas, un día trató de explicarse qué era el toreo y andando en esto escribió: "Yo creía que Joselito sabía lo que es torear y, sin embargo lo mató un toro". Así que si Joselito no lo supo en el orden práctico que es el que cuenta, qué importa y de qué vale teorizar sobre ello.

NORTE.—Cambiano de tema, o mejor, dicho volviendo al tema de la pintura. ¿Qué piensa usted del arte llamado abstracto?

E.B.—Que es una cosa de moda y que las modas, como todos sabemos, pasan. El arte verdadero es otra cosa muy distinta y así, a él, como a los buenos vinos, el tiempo no los mata, al contrario, le da calidad.

NORTE.—¿Cómo definiría usted su pintura?

E.B.—Como realista impresionista.

NORTE.—¿Qué es para usted el arte?

E.B.—La poesía de la vida.

Y aquí, con la poesía de la vida entre sus manos, irradiando formas y colores por la magia de sus pinceles, dejamos a Espino Barros; al pintor que quiso ser torero, y en cierta manera lo fue, lo es cada vez que pinta un rostro de torero, un toro, unas banderillas... En fin esas cosas que son el toreo y que Espino Barros aprendió a lidiar frente al caballete con los riesgos que el arte entraña siempre, haya o no toro enfrente, porque siempre, la actitud del artista ha sido y será heroica.

Chiapas No. 196 Dep. 4
México 7, D. F.

